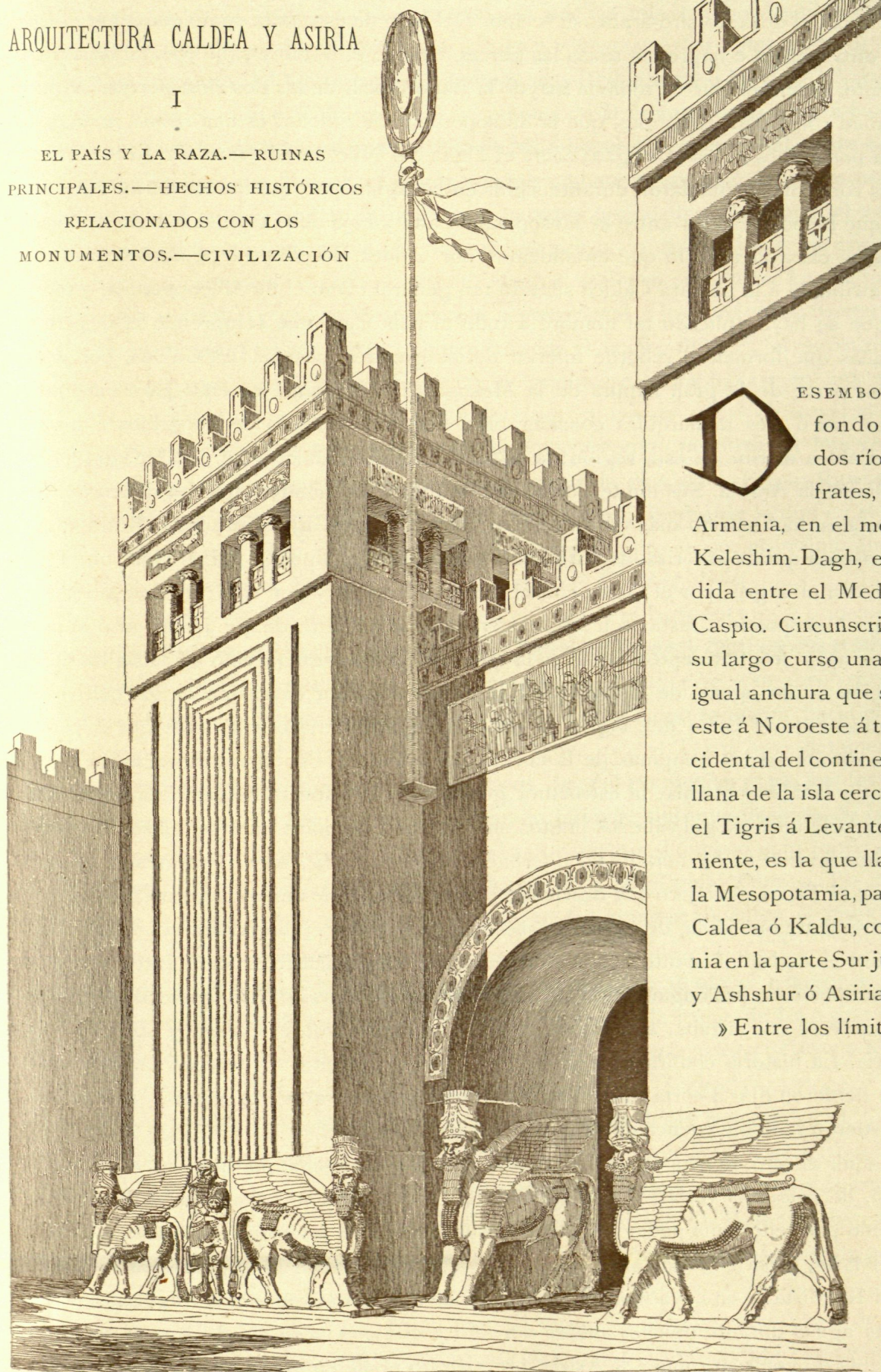


ARQUITECTURA CALDEA Y ASIRIA

I

EL PAÍS Y LA RAZA.—RUINAS
PRINCIPALES.—HECHOS HISTÓRICOS
RELACIONADOS CON LOS
MONUMENTOS.—CIVILIZACIÓN



D ESEMBOCAN unidos en el fondo del golfo Pérsico dos ríos, el Tigris y el Eufrates, nacidos ambos en Armenia, en el monte Niphates, hoy Keleshim-Dagh, en la zona comprendida entre el Mediterráneo y el mar Caspio. Circunscriben los dos ríos en su largo curso una gran zona de desigual anchura que se extiende de Sudeste á Noroeste á través de la parte occidental del continente asiático; la parte llana de la isla cercada por los dos ríos, el Tigris á Levante y el Eufrates á Poniente, es la que llamaron los antiguos la Mesopotamia, país que comprende la Caldea ó Kaldú, con su capital Babilonia en la parte Sur junto al golfo Pérsico y Ashshur ó Asiria en la parte Norte.

» Entre los límites del desierto siro-árabe y el pie del gran macizo de las montañas del Kurdistán,—dice Rawlinson (1),—hállase un territorio por largo tiempo famo-

(1) RAWLINSON: *The five great monarchies of the ancient eastern world.*

so en la historia del mundo. Conocíanlo los judíos con el nombre de *Aram-Naharaim*, ó «Siria de los dos ríos;» los griegos y romanos llamaronle *Mesopotamia* y los árabes le llaman *Al-Jezireh* ó «la isla,» designaciones tomadas de los dos ríos á que realmente debe su carácter mejor marcado y su misma existencia. Sin el Tigris y el Eufrates con sus tributarios, la parte septentrional de las tierras bajas de la Mesopotamia en nada se diferenciaría del desierto siro-árabe, su vecino. Del lado de éste falta completamente el agua, mientras que en el otro abunda é impregna todas las tierras, cuando el hombre sabe encaminarla y conducirla prudentemente. Hacia el Sur es todavía mayor la importancia de los dos ríos, porque se puede decir, con tanta verdad como para el Egipto, que la Mesopotamia meridional es una *tierra ganada*, donde los dos ríos que por ambos lados la riegan; como el Delta del Nilo, la han formado los sedimentos que estas poderosas corrientes acumularon durante siglos en las aguas poco profundas de un vasto lago.

» La distinción que hemos de hacer entre la Mesopotamia alta y baja debe tenerla fija en la memoria el que quiera formarse clara idea de lo que entendemos por Caldea. No hay razón alguna para creer que se haya jamás atribuído á la palabra Caldea sentido tan general como el de Mesopotamia, y todavía es menos creíble que se haya aplicado tal nombre á todo el país llano que comprende el desierto de la Siria y las montañas que forman el reborde inferior de las grandes mesetas. La Caldea, por sí sola, no era más que una parte de la gran llanura de la Mesopotamia, bastante extensa para encerrar en sus naturales límites dos ó tres monarquías considerables. Según testimonio de geógrafos é historiadores, hallábase la Caldea al Sur de esta región; la bañaba el golfo Pérsico y se desarrollaba hacia el Este teniendo por límite la Arabia. Sus límites, como los de todas las comarcas que no tienen por fronteras fortalezas naturales, han sufrido más de un cambio; pero si se nos dijera que los indicáramos más fijamente, nos creeríamos quizás autorizados para decir que la Caldea lindaba por el Sur con el golfo Pérsico, por el Este con el Tigris, por el Oeste con el desierto arábigo y por el Norte con la línea que separa la Alta y Baja Mesopotamia. Estas son sus fronteras casi constantes de que jamás pasó ni perdió en considerable manera. La frontera septentrional es la que más fija ha permanecido en todas las épocas, mientras que la acción de las aguas, de los vientos y la mayor ó menor extensión de los cultivos han hecho variar continuamente el curso del Tigris, la orilla del golfo Pérsico y la línea que separa las arenas de la Arabia de las verdes campiñas de la cuenca del Eufrates. Por el contrario, hacia la mitad de las tierras bajas de la Mesopotamia, la estructura geológica y el aspecto del terreno se modifican bruscamente, y en toda la anchura del valle los puntos en que este cambio se hace sentir son los mismos en que de tiempo inmemorial se ha notado tal diferencia. Cerca de *Hit*, en el Eufrates, y poco más abajo de Samarah, en el Tigris, el viajero que desciende por la corriente de uno de estos dos ríos se desvía ya de la llanura ligeramente ondulada, de formación secundaria y considerable altura sobre el nivel del mar, y penetra en terrenos absolutamente llanos y de pendiente casi insensible, compuestos por los aluviones que sin interrupción se prolongan hasta las playas del golfo Pérsico. Allí, entre la parte baja y alta del valle, es donde se encontraba, al parecer, el límite verdadero de la Caldea y allí comienza el territorio de la Asiria. La historia confirma las inducciones que del estudio del terreno pueden sacarse; en aquellos lugares debieron fijar á corta diferencia la frontera política estos dos reinos, que durante la antigüedad se repartieron la doble cuenca del Tigris y del Eufrates.»

Más difícil es definir el terreno ocupado por la Asiria propiamente dicha, por la sencilla razón de ser un pueblo guerrero, de fronteras variables continuamente, cuyo núcleo se hallaba en la Mesopotamia septentrional. Cuando para ello tenía poder ensanchaba sus fronteras ó las reducía si á ello le obligaban sus derrotas. Por el Este, á poca distancia del fondo del valle, le limitaban los gigantescos escarpes del Zagros (montes del Kurdistán), en cuya muralla natural no se abren más que dos ó tres pasos, cerrados por las nieves y las aguas durante muchos meses del año y que conducen á las altas mesetas de la Media, de donde había de venir su ruina á la Asiria. Un ejército podía en una campaña de verano pene-

trar en el Zagros por sus gargantas y desfiladeros; pero la agricultura y las habitaciones no podían ganar terreno en esta dirección sino en la desembocadura de contados valles, como es por ejemplo la célebre llanura de Arbela, que riega el gran Zab antes de llegar al Tigris; por el Sur la gran densidad y la civilización del pueblo caldeo impidieron siempre la invasión y el dominio completo de los asirios, pero por el Norte les era á éstos facilísimo extenderse por las mesetas escalonadas entre el Eufrates y el Tigris, que se arriman al alto macizo de la Armenia y á las que dieron los antiguos el nombre de monte Masios. Las fronteras del Oeste tuvieron todavía más fácil progreso hasta el Khaboras (Khabur) en un principio y hasta el mismo Eufrates después, repeliendo al desierto de la Siria á las tribus nómadas que vagaban por el país; de manera que en toda la Mesopotamia septentrional, entre las colinas del Sinjar y los últimos declives del Masios, es donde constantemente se encuentran los restos de mesetas artificiales sobre las que se levantaban en otros días palacios ó ciudades. Repetidas veces en el curso de sus victorias los asirios se anexionaron los caldeos, los sirios, los capadocios y los armenios, pero quedaron sus países como provincias exteriores organizadas en naciones separadas. La Asiria en su mayor grado de desarrollo abrazaba, pues, la Mesopotamia septentrional y los territorios fronterizos de la otra parte del Tigris entre éste y el pie de las montañas; pero el núcleo del país, el emplazamiento de las ruinas informes de las tres ó cuatro ciudades y de los grandes palacios hállase en una zona á ambas orillas del Tigris comprendida entre los 35° y 37° de latitud y los 40° y 41° de longitud oriental. Allí estaba la antigua *Ninua*, *Ninos* de los griegos, que hemos convertido nosotros en Nínive, ciudad que resume la historia de Ashshur ó Asiria, como Babilonia resume la de Caldea. Según Rawlinson, en un principio la relación de superficie entre la Asiria y la Caldea era próximamente la que en el día guardan la Gran Bretaña y Dinamarca. Hoy la Caldea se presenta mayor, pero es por el gran avance que sobre el golfo han tomado los aluviones de los dos ríos reunidos en el *Chatt-el-Arab*.

Una vez salidos de su común origen siguen el Tigris y el Eufrates en un principio cursos paralelos, el Eufrates de Este á Oeste, hasta Malatiyeh, y el Tigris de Oeste á Este en dirección á la Asiria. Más allá de Malatiyeh da vuelta bruscamente el Eufrates hacia el Sudoeste y se abre paso á través del Tauro, como si se encaminara directamente al Mediterráneo; pero luego se inclina hacia el Sur y toma la dirección del golfo Pérsico. Al desembocar en las montañas gira el Tigris inmediatamente hacia el Sur y se aproxima gradualmente al Eufrates; á la altura de Bagdad no median entre los dos ríos más que algunas leguas de terreno bajo y llano; pero no se reunen todavía, sino que después de haber corrido juntos y casi paralelos el espacio de veinte ó treinta millas se separan de nuevo para juntarse noventa leguas más abajo formando el *Chatt-el-Arab*, que va á desembocar en el golfo Pérsico. En la región media de su curso recibe el Eufrates por la izquierda ú Oriente dos grandes afluentes, el Balikh (*Balikhi* de los asirios ó *Bilichos* de los griegos) y el Khabur (*Aborras* ó *Chaborras* de los escritores clásicos), que le llevan las aguas del Karadjah-Dagh (*Masios* de los griegos); desde el Khabur á su desembocadura no tiene otro afluente. Por el contrario engruesan al Tigris por la izquierda las aguas del Bitlis Khai (*Kentrites* de los griegos), de los dos Zab (*Zabu-Elu* y *Zabu-Shupalu* asirios ó Licos y Kapros de los griegos), del Adhem (*Radanu* de los asirios) y del Diyaleh (*Gyndes* ó *Tornadotus* griego, *Turnat* asirio). Los dos ríos son navegables en gran parte de su curso, el Eufrates desde Sumeisat y el Tigris desde Mosul; en la época de la fusión de las nieves, á mediados de abril, crecen ambos, se desbordan y no vuelven á su cauce hasta junio, en el tiempo de los grandes calores. No siempre las cuencas del Tigris y del Eufrates han tenido su actual aspecto. A principios de nuestro período geológico corrían ambos ríos un espacio de unos cinco grados por una llanura ondulada, de formación secundaria, surcada por las pocas corrientes que descienden del monte Masios. Es aquel un territorio fértil á orillas de los ríos y en lugares en que brotán manantiales, y estéril y árido en todo el resto. El extremo meridional de la llanura formaba la costa del mar y los dos ríos desembocaban allí separados, á unas veinte leguas uno de otro, en el Nar-

Marratu (golfo Pérsico ó del Sol levante), limitado al Este por los últimos contrafuertes del Irán y al Oeste por las alturas arenosas que señalan el límite de la meseta de la Arabia. La parte inferior del valle es terreno de origen relativamente moderno, creado por los aluviones del Tigris, del Eufrates y de otros ríos como el Adhem, el Gindes y el Khoaspes, que después de haber sido por mucho tiempo independientes, contribuyendo á terraplenar el mar en que se perdían, acabaron por convertirse en simples afluentes del Tigris. Todavía hoy el delta del Chatt-el-Arab avanza rápidamente y el progreso de las tierras alcanza cerca de una milla inglesa cada setenta años; antiguamente el avance del terreno era más sensible y debió llegar próximamente á una milla por cada treinta años, de manera que al principio del período histórico cuyo arte vamos á estudiar, el golfo Pérsico penetraba cuarenta ó cuarenta y cinco leguas más adentro que hoy; el Tigris y el Eufrates desembocaban en el mar á distancia uno de otro y no confundieron sus aguas hasta algunos millares de años después.

La región de los aluviones, especialmente en la parte vecina al golfo Pérsico, era en la primera época histórica una inmensa llanura baja sin accidente alguno que rompiese su monotonía. El Eufrates, mal encauzado entre sus riberas, desparramaba á derecha é izquierda sus brazos, unos que le unían al Tigris y otros que vertía en los pantanos. Parte de las tierras, privada siempre de agua, se endurecía bajo la acción abrasadora del sol, yacían otras sepultadas bajo montones de arena que llevaba allí el viento del desierto y el resto formaba una laguna pestilencial, donde crecían apretados unos juncos enormes, cuya altura varía de doce á quince pies. Y aun en tal estado no faltaban recursos al país; pocas especies de árboles útiles encierra, «porque no posee la higuera, la vid, ni el olivo (1),» pero en cambio produce naturalmente el trigo candeal y dátiles. «Tan favorable es el terreno á los cereales que da regularmente doscientos por uno y en tierra de calidad excepcional hasta trescientos. Las hojas del trigo y de la cebada son anchas de cuatro dedos y el mijo y el sésamo críanse allí como verdaderos árboles por su tamaño. No diré su altura,—añade Herodoto,—aunque la conozca por experiencia, porque sé muy bien que para los que no han estado en el país de Babilonia no tendría crédito lo que de ella dijere. No se sirven del aceite de olivo, pero lo extraen del sésamo (2);» la palmera por sí sola basta casi para atender á las principales necesidades de la población. De ella sacan una especie de pan, vino, vinagre, miel, tortas y toda especie de tejidos; sírvense los herreros de sus huesos á manera de carbón y los trituran y maceran dándolos como alimento á los bueyes y carneros para engordarlos. Dícese que hay una canción persa que enumera trescientos sesenta usos distintos de la palmera (3). Abunda allí la pesca, sobre todo los barboš y las carpas, y contribuye mucho todavía á la alimentación de los actuales habitantes. No se encuentran en Caldea como en Egipto calizas compactas, mármoles, basalto, granito ni ninguna de las piedras duras de que tanto partido supieron sacar los egipcios. Por lo tanto, los constructores babilonios viéronse obligados á tomar por todo material de construcción las tierras de su suelo y llevaron al último extremo el empleo del ladrillo: por esta razón sus obras no han resistido á la acción del tiempo y de tal modo han perdido su forma que no son hoy más que verdaderos montones de arcilla.

Las lluvias son escasas en Caldea; en los cambios de estación llueve algo y en invierno reinan durante algunos días las aguas, pero en el resto del año, y especialmente en verano, preséntase el cielo completamente sereno. El clima resulta en gran manera extremado, de una temperatura tórrida y seca en verano y descendiendo con frecuencia bajo cero en invierno. Las corrientes de aire que se precipitan de las nevadas cumbres del Kurdistán ó de la Armenia corren libremente por la llanura y alcanzan á cubrir con ligera capa de hielo las aguas de los pantanos; el viento del Sur contribuye poquísimo á templar la estación; encuéntrase el aire húmedo del mar con un terreno impregnado de sal marina que

(1) HERODOTO, I, pág. 118.

(2) HERODOTO, I, pág. 118.

(3) ESTRABÓN, XVI, I, 14.

absorbe el agua de la atmósfera, disolviéndose en ella y produciendo de esta manera considerable descenso en la temperatura.

No hay que contar para fertilizar el terreno con las aguas de las lluvias sino valerse exclusivamente de las de los ríos tomándola por canales ó de la inundación periódica en los terrenos bajos á ello favorables. Pero la crecida y las inundaciones del Tigris y del Eufrates no son tan regulares, fijas ni duraderas como las del Nilo, ni el valle de ellos está tan perfectamente limitado ni formado como el de éste. La inundación se produce durante la primavera sin fecha fija, se extiende con rapidez y corre precipitadamente á las partes bajas de la llanura, donde no tiene desagüe y se encharca en lagunas pantanosas y pestilenciales. Sin una administración cuidadosa y organizada con toda regularidad, la inundación pierde al país, y contando con aquélla constituye para él una gran riqueza.

La sección de la llanura en que más perjudicial resulta la falta de verdadero cauce es la orilla derecha del Eufrates, á partir del linde septentrional de la formación aluvionaria. Presenta ésta una suave pendiente hacia el lado de la Arabia, y cuando por una causa cualquiera rompe el río su margen de la derecha, corre el agua por la llanura y se deposita en insalubres lagunas en las que crecen lozanas grandes espesuras de cañaverales. Tal sucede al occidente de Babilonia, donde comienzan los pantanos, que siguen á lo largo del río hasta las orillas del golfo Pérsico. Al secarse bajo la acción del sol los légamos despiden mortales miasmas, á los que sólo pueden resistir por larga aclimatación los árabes que habitan aquellas comarcas; allí viven en los islotes de estos pantanos abriendo estrechas sendas entre los cañaverales para trasladarse de un lugar á otro á vender los productos de sus arrozales sobre sus grandes barcas de fondo plano, que llaman *teradas* y que empujan apoyando contra el suelo una larga percha. La vida en estos pantanos es muy precaria; no solamente son terribles sus miasmas sino que, con frecuencia, nuevos desbordamientos del río levantan de pronto el nivel de las aguas de uno á dos metros, llevándose las cabañas de cañizo con sus habitantes, barcas y provisiones. Una administración previsora y dotada de suficiente personal puede convertir en ventajas tales inconvenientes, y esto es lo que hicieron los primitivos caldeos, asirios y los mismos griegos. Debidamente administrada es esta llanura una de las más fértiles del mundo y capaz de alimentar una población numerosa tal como existía en la más remota antigüedad. En los escasos lugares de esta zona en que los propietarios cultivan debidamente sus tierras, preséntanse agradables y dignas de las alabanzas que prodigó Herodoto al país en general. Pero para ello se necesita levantar diques que encaucen los ríos y entonces presenta la vegetación riquísimo aspecto; bajo grandes grupos de palmeras crecen con lozanía increíble cereales, forrajes y una multitud de plantas de hermosas hojas y flores que forman un tapiz natural de imponderable riqueza. Tal debía ser toda la inmensa llanura en tiempo de los caldeos y asirios, cuyas construcciones hidráulicas para regularizar el régimen de ambos ríos eran superiores por su valor é importancia á cuantas hemos hecho hasta ahora en Europa. Bastan algunos años de descuido para convertir la llanura parte en pantano y parte en áridas tierras, pero el terreno será siempre feraz. Por debajo de una pequeña capa de aluviones hay en el subsuelo tierra vegetal de una fecundidad asombrosa. Durante la primavera véanse por doquiera grandes prados de lozano follaje y sorprendentes flores y de altas hierbas en que se hunden hasta el pecho las caballerías. «Flores de todos matices esmaltan la campiña,—dice Layard,—y no están como en nuestro país plantadas por grupos, sino que forman ramilletes tan espesos y apretados que toda la llanura parece un tapiz multicolor. Los grandes lebreles, cuando vuelven de caza, salen de las altas hierbas teñidos de rojo, amarillo ó azul, según la naturaleza de las flores por entre las cuales se han abierto camino.» En las aguas estancadas ó de pequeña corriente consérvese espléndida la vegetación hasta en la canícula; las plantas acuáticas, nenúfares, juncos, ciperáceas y cañas gigantescas, apretadas unas contra otras, ofrecen

(1) LAYARD: *Ninive and its remains*.

bajo la acción de un sol abrasador el aspecto de una vasta pradera de sin igual frescura. Pero en todo el terreno restante queda el suelo cubierto de pajas y cañas quemadas por el sol, como calcinadas, tomando un tono amarillento oscuro ó gris, reducidas á polvo, que la menor corriente de aire agita en torbellinos; en los alrededores de los antiguos lugares habitados presenta el suelo un color rojizo debido á los ladrillos triturados de las derruidas construcciones. Desarróllase hasta perderse la vista en el horizonte el espectáculo de una naturaleza degradada, como si hubiese perdido el poderoso elemento de su vida.

El Eufrates y el Tigris son, como hace observar Reclus, la vía histórica de mayor importancia en la antigüedad. Por allí pasa el camino que reúne las líneas de navegación costanera de la India y de los países del Mediterráneo. Partiendo del golfo Pérsico atraviesa el doble valle el Asia anterior, va casi hasta tocar la zona litoral de la Siria, comunica por una brecha de las montañas con el valle bajo del Orontes y así se mantiene esta depresión natural casi constante de uno á otro mar. El Eufrates debía ser, pues, el intermediario entre el Oriente y el Occidente, el camino natural por donde el comercio, la civilización y las razas conquistadoras se lanzaran de uno á otro extremo del continente occidental del Asia. La vía del Eufrates ofrece, aunque en menor escala, ventajas análogas á las del Nilo, y á la larga el Eufrates vino á ser la primera vía comercial del mundo, excediendo en importancia á las del mar Rojo y del Nilo. Babilonia fué la rival de Egipto en el comercio del mundo y los poderosos soberanos de una y otra comarca lucharon constantemente para apoderarse de este camino, ya para servirse de él, ya para inutilizarlo. Veinticinco siglos hace que Nabucodonosor ponía esta vía bajo su dominio conquistando toda la zona comprendida entre el puerto de Teredon, en el golfo Pérsico, y la famosa Tiro en el Mediterráneo, y del mismo camino se hizo dueño Alejandro Magno estableciendo en uno y otro extremo de la vía terrestre inmensas flotas.

Los habitantes del Eufrates y del Tigris fundan su historia en la tradición del paraíso terrestre, en la gran inundación del diluvio y en la dispersión del género humano desde Babel. En aquel país busca también la tradición bíblica el emplazamiento del Edén, limitado por cuatro ríos, el Tigris, el Eufrates, que conocemos, y el Pisón y el Gihón, que nos son desconocidos. Los marinos que remontan el Chatt-el-Arab jamás descuidan mostrar al pasajero los árboles de Korna, en la confluencia de los grandes ríos, resto del antiguo paraíso, y Babilonia, que se designa en las escrituras cuneiformes por los cuatro ríos que la circundan (Tigris, Eufrates, Sumapi y Ukin), pretende también ser la cuna del hombre y el antiguo lugar sagrado de la felicidad, región donde la muerte y el pecado no reinaban y todos los deseos humanos podían hallar satisfacción cumplida. Y tal era el ascendiente de la Caldea en los pueblos vecinos que muchos de ellos ó casi todos le concedieron en sus tradiciones el lugar de la primera comarca poblada en la edad de oro de la humanidad.

De aquella antigua preponderancia, de aquella feracidad asombrosa, de aquellos pueblos innumerables, de aquella civilización esplendente nada queda en aquel país, devastado por el abandono y la ignorancia. En regiones vastísimas mézclanse con la tierra de la interminable llanura fragmentos de vasijas y ladrillos; los *tell* ó colinas de escombros levántanse por centenas y millares por encima de la línea horizontal del llano, y algunos restos de torres y de informes murallas recuerdan en la soledad del desierto el emplazamiento de populosas ciudades donde un tiempo se hacinaron centenares de miles de habitantes.

La observación de grupos aislados de vegetación indica que todavía hoy guarda la Mesopotamia, en estado latente, fertilidad para alimentar millares de habitantes, utilizando las aguas de los torrentes y desviando como antiguamente en numerosos canales las aguas de los dos ríos principales.

Como decía Berosio hace veintitres siglos, dicen hoy los botánicos que la llanura de los dos ríos es la comarca por excelencia de los cereales y que allí probablemente fué donde se amasó el primer pan, ya que el trigo, la cebada y la espelta crecen espontáneamente en las torrenteras del Eufrates alto y medio.

Dividese la cuenca de los dos ríos en distintas zonas para la flora, separadas por líneas irregulares. La de las palmeras la limita al Norte la base meridional del Sinjar; en el Eufrates los últimos bosques de palmeras son los de Anah y en el Tigris los de Tekrit; al Norte comienza ya la región del olivo kurdo y armenio. El algodónero crece en las llanuras de Diarbekir, pero no más allá, y más arriba aparecen los árboles frutales llamados de Europa, aun cuando se les cree originarios del Asia anterior; los manzanos, perales y albaricoqueros rodean las aldeas del país, pero faltan los cerezos y otros árboles de la Armenia y del litoral pónico.

Antiguamente erraba el león por las llanuras de la Mesopotamia; en el siglo pasado llegaba hasta las montañas de Mardín, pero hoy no va más allá del Tigris medio, aguas arriba de los pantanos de Kerkha. El elefante y el toro salvaje, que los soberanos de Asiria cazaban en los alrededores de Nínive, no se encuentran allí desde hace veinticinco siglos, así como el asno salvaje, con que tampoco cuenta ya la fauna mesopotámica. También amenaza desaparecer el pelícano, tan común antes en los bosques del Eufrates. En las estepas es común el gerbo, especie de roedor que abre en el suelo sus extensas galerías. Viven en las orillas del Eufrates la perdiz, el francolín, la urraca, el pato, el ganso y otros volátiles; anida en alguna localidad el ibis (*comata*); los castores habitan el río medio, y entre la multitud de peces de los ríos y pantanos encuéntrase en éstos una tortuga de gran tamaño, la *Trionix euphratica*, larga de más de un metro. A la Mesopotamia, pues, no le faltan grandes elementos de vida, como ya hemos indicado, y podría ser hoy todavía el país rico y universalmente admirado de otros días.

RAZA.—Desde los tiempos más remotos la población de la Mesopotamia se presenta como de raza mixta. Se supone que á los escitas ó turanios, primeros pobladores de que hay noticia, se mezclaron tribus procedentes de las cumbres del Irán, al Norte y Este de la doble cuenca, y que del Sur y Oeste penetraron los semitas repetidas veces, que después de siglos y siglos dieron lugar á las dos nacionalidades asiria y caldea, cuya religión, costumbres é instituciones políticas alcanzaron especialísimo carácter, imprimiendo su enérgica huella en la civilización general del mundo. Las investigaciones más recientes prueban que la ciencia del extremo Oriente, que se suponía nacida en la misma China, presenta filiación caldea y que probablemente se propagó por el Asia partiendo de la ribera del Eufrates. Asiria y Caldea tuvieron genio nacional distinto y en contraste con los de sus vecinos persas y medos, árabes, sirios y judíos. Por el carácter especial, guerrero y de aventuras de los asirios, y por la situación á que llevó á los caldeos la vecindad de éstos, ambos pueblos quedaron destruídos, dispersos ó mezclados con sus vencedores, y de ellos no queda rastro visible; sólo una tribu kurda, la de los aisos, pretende hoy descender de los antiguos asirios.

EMPLAZAMIENTO DE LOS ANTIGUOS MONUMENTOS.—Las ruinas son abundantísimas en todo el curso del Tigris y del Eufrates. Casi todas las poblaciones de alguna importancia histórica ó actual están fundadas en los emplazamientos de antiguas ruinas ó en su vecindad. Por desgracia, casi en su totalidad los *tell* ó montones de ruinas no han sido hasta hoy explorados y menos todavía las localidades que no presentan estos restos de construcciones abandonadas.

El emplazamiento más importante de ruinas en las orillas del Tigris son los alrededores de Mosul. Allí debió levantarse la antigua Nínive en especial y favorable situación. De la *Eski Mosul* (antigua Mosul) dice un antiguo autor que «si Damasco es la puerta del Occidente y Nischapur la del Oriente, Mosul es el paso entre el Oriente y el Occidente.». Mosul es ciudad relativamente moderna, ya que por vez primera se la menciona bajo la dominación mahometana; hállase edificada sobre una terraza cretácea que domina la orilla derecha del Tigris en el punto en que el camino natural que del Mediterráneo va al Eufrates orillando el desierto, después de contornear la falda de los estribos del Kurdistán, llega al Tigris, para dirigirse luego al Zagros, elevándose por el «camino real» hasta las mesetas del Irán. Parece que Mosul viene á significar «traviesa.» Se supone que las construcciones actuales, levantadas

en pintoresco anfiteatro sobre las gradas y la cumbre de una colina, cubren el antiguo emplazamiento del barrio occidental de Nínive, cuyas ruinas hoy exploradas se hallan frente a Mosul, en la otra orilla del Tigris, que mide allí 170 metros en su menor anchura. Salva el río en este punto un puente de barcas continuado por un terraplén que serpentea por toda la llanura sometida á la inundación. En esta dirección y á dos kilómetros de Mosul hállase una meseta de unos 10 kilómetros cuadrados de superficie que cercan torrenceras obstruidas por escombros: allí es donde estaba Nínive. El valle que recorre el Haser-tchai, pequeño afluente del Tigris, divide esta meseta en dos mitades, cada una de 9 kilómetros de perímetro. Una colina cuadrada, alta de 18 metros, cortada por trincheras y perforada por galerías en todos sentidos, se levanta en la mitad septentrional, inmediatamente más arriba del Haser-tchai: es el famoso montículo de Kuyundjik, cuya inmensa mole de ladrillos se valúa en 14 millones y medio de toneladas. Al barrio meridional lo domina hacia la mitad de su ribera de Occidente otra colina, la Júnés-Pegamber ó Nebi-Junás, así llamada en memoria del profeta Jonás, que cristianos y mahometanos dicen que allí está enterrado. Una tercera masa de escombros, de menores dimensiones, señala el ángulo Sudoeste de la terraza de Nínive. El conjunto de la ciudad, sin comprender los arrabales, que debían extenderse por fuera de los fosos de recinto á lo largo de los caminos y de los ríos, representa próximamente la octava parte de la superficie de París y es imposible que en tan corto espacio hayan podido habitar las multitudes de que habla Jonás.

De antiguo se sabía que bajo los montones de escombros situados frente á Mosul debían hallarse curiosas ruinas procedentes de la antigua Nínive, de donde se habían extraído ya objetos de pequeño tamaño. Las primeras excavaciones las hizo Botta, cónsul francés en Mosul, y á las de éste siguieron las de los ingleses Layard, Loftus, Smith y otros; pero á pesar de ellas el gran macizo de Kuyundjik no lo conocemos por completo; no se tienen de él más que los planos parciales de dos de sus palacios, de donde fueron extraídos los majestuosos colosos con cabeza de hombre y cuerpo de toro que guarda hoy el museo Británico, y los preciosos restos de grandes bibliotecas ninivitas, compuestas de latérculos ó tablillas de tierra cocida, cada una de las cuales viene á ser la hoja de un libro. El montículo de Jonás no ha sido explorado hasta 1879, á causa de que las tumbas musulmanas que cubren sus laderas impedían á los cristianos sus pesquisas. Un caldeo, Hormuz de Rassam, lo ha reconocido recientemente, descubriendo en él un palacio de Sennacherib.

La ruina mejor estudiada entre los restos de ciudades asirias es la Khorsabad ó Khos-robot, á veinte kilómetros al Noroeste de Mosul, mucho más allá del verdadero emplazamiento de Nínive. Son estas ruinas las de un palacio distante de la capital edificado por Sargon. Su población debía ser pequeña, toda vez que el espacio que comprendía apenas llegaba á tres kilómetros cuadrados, pero su recinto es el que mejor conservado está y es la ruina más metódicamente explorada en la Mesopotamia. Los trabajos de Botta y Place sobre las ruinas del palacio de Sargon nos lo han dado á conocer en toda su integridad. Para formar concepto del esplendor de esta construcción, sobre la cual hemos de insistir, diremos solamente que las murallas exteriores medían unos 24 m. de espesor y 31 de altura. Al lado del palacio levantábase el *zigurat*, ó torre de pisos gigantesca que recuerda por su forma las pirámides egipcias. Las preciosas esculturas sacadas de Khorsabad se perdieron en parte en el Tigris y el resto lo guarda el museo del Louvre. Uno de los hallazgos más singulares de Place fué un almacén con útiles de hierro, conteniendo más de 160 toneladas de aquéllos en perfecto estado de conservación, de forma vulgar muy parecida á la moderna, de manera que en parte los aprovecharon para los trabajos de la exploración. Al oriente de Kuyundjik hállanse una serie de montículos en la «llanura de los caldeos,» así llamada por los cristianos que la pueblan. La más notable de estas mesetas es la llamada Birs-Nimrud, situada sobre el antiguo emplazamiento de Calach, primitiva capital de Asiria antes de que lo fuera Nínive. Dista el Birs-Nimrud 30 kilómetros de Mosul, hacia el mar; fundó á Calach Salmanasar I, eligiendo para su



Fig. 594. - MAPA DEL IMPERIO ASIRIO-BABILÓNICO EN TIEMPO DE SARGÓN (SEGÚN MASPERO)

emplazamiento favorables circunstancias, no lejos de la confluencia del Gran Zab con el Tigris, en el encuentro de los dos valles, sobre el alto escarpe de la ribera derecha, á cuyo nivel se distingue todavía el antiguo cauce del Tigris, que aquí como en otros lugares se ha desviado de su primitivo camino. El edificio más notable hallado en estas ruinas es el palacio de Asur-Nazirpal, construido el siglo IX antes de Jesucristo. Contenían las ruinas las mejores esculturas conocidas del antiguo arte asirio, y un obelisco negro, hallado también allí, es el más notable monumento epigráfico de la época.

Hormuz Rassam ha descubierto en el tell de Balawat unas antiguas puertas de bronce de precioso trabajo, cuyos grabados é inscripciones describen todas las hazañas de Asur-Nazirpal. Estas puertas las conserva el museo Británico y han sido objeto de una curiosísima publicación.

No son éstas las únicas ruinas que han de ser fértiles en grandes hallazgos: todas las ciudades tenían notables templos y palacios y todas ellas han dejado montículos informes de ruinas en los valles de los ríos principales y de sus afluentes, en particular del Khabur y del Zab, en cuyos montañosos bosques pasaban gran parte de su vida los soberanos asirios dedicados á la caza de fieras, levantando allí palacios y pabellones. Algunas de las más notables esculturas de la Alta Mesopotamia están talladas cerca de Maltai, 80 kilómetros al Norte de Mosul, en una roca que domina el arroyo Dulap; otras esculturas no menos notables son las figuras colosales esculpidas en relieve por Sennacherib en un escarpe calizo del estrecho valle de Bavián, que las montañas de Meklul separan de la llanura de Mosul. Protege de la intemperie el cuadro en que se hallan el remate de un nicho de 9 m. de altura. Los eremitas han abierto en este escarpe sus cuevas destrozando en parte las esculturas.

Fuera de la región montañosa, en una llanura graciosamente ondulada, con el Gran Zab y el Tigris al Oeste y el Zab menor al Sur, hállanse las ruinas de Arbil ó Erbil, la Arbelas de los griegos, en cuyo emplazamiento se levanta hoy una población insignificante; reconócese todavía el antiguo foso de la población y el emplazamiento del antiguo valle se distingue perfectamente; en la meseta de una colina artificial en las comenzadas excavaciones se han descubierto bóvedas y galerías, probablemente de origen asirio, y al Oeste de la población, entre ésta y el Gran Zab, véanse las trincheras de los antiguos canales de riego.

Más abajo de la confluencia del Tigris y del gran Zab se suceden las ruinas á lo largo del río, anunciadas á distancia por los tell de escombros, cubiertos de hierba y matorrales. Allí se levanta la colina más alta de la Mesopotamia, aguas arriba de Bagdad, junto á la actual población de Kaleh-Chargat, que se supone sea el emplazamiento de la antigua ciudad de Ashshur, que precedió á Nínive y dió su nombre al imperio asirio. Lejos del río, hacia el interior de las estepas, hállanse las ruinas de otra población importante, El-Hadhr ó Hatra, y en las orillas del Tartar, arroyo procedente de los valles del Sindjar, se levanta un círculo perfecto de las murallas, que encerraban un templo dedicado al Sol por los sasanidas, el cual descansaba sobre los fragmentos de otro de la época caldea.

Cerca de Samara hállanse los restos de un muro de tierra que los árabes llaman «la muralla de Nemrod.» Supónese que sea un fragmento de la que los antiguos conocían por «muralla Médica,» levantada para defender la baja Mesopotamia de las invasiones de los bárbaros del Norte.

En una zona en que el Tigris se aproxima tanto al Eufrates que tienen canales que los unen, se levanta sobre el primero de estos ríos la famosa Bagdad, sucesora al parecer de la antigua ciudad de Bagdata, según Oppert. Numerosos *tell* dominan la llanura en sus alrededores. Hállase uno de estos montículos, el *tell* Mohamed, á las mismas puertas de la ciudad; otro, situado á 30 kilómetros de la población, lleva el nombre de *Kasr-Nimrud*, ó «palacio de Nemrod,» llámanlo también Aker-Kuf y es de los más altos de la antigua Caldea; mide 40 m. y presenta la forma de un grupo de pilares enormes excavados por la base; se compone, como los tell restantes, de adobes de gran tamaño con capas de cañas interpuestas. Más arriba de Bagdad una serie de *tell* parecidos á puestos militares sigue á distancia por la

orilla izquierda del río, y por fin al Sur, en la confluencia del Diyalah con el Tigris, unas masas enormes de ladrillos y alfarerías señalan los emplazamientos de dos grandes ciudades, las Madain, o «dos ciudades,» una frente á otra, en las dos riberas del Tigris. Es la de la derecha Seleucia, así nombrada en honor del soberano que la fundó después de la caída de Babilonia; hoy apenas se reconoce de ella más que la forma cuadrada de su recinto. De la ciudad de la izquierda no quedan más que fragmentos de ladrillos y alfarería; era Ctesiphón, la capital de los partos.

De trecho en trecho, siguiendo el río y más abajo de las dos ciudades gemelas, hállanse otros *tell* en la solitaria llanura acusando la antigua existencia de poblaciones. Pero donde éstas abundaban era en las orillas del gran canal llamado Chatt-el-Hai, que se separa del Tigris en la población de Kut-el-Amara encaminándose al cercano Eufrates; allí se encuentra Tello ú Tell Loh, la Sirtella ó Sirbula de los arqueólogos, famosa por los descubrimientos de M. Sarcec, que han revelado los restos de un período de arte notable anterior á las épocas de Babilonia y Nínive.

El Eufrates, en toda la parte alta de su curso, es hoy un río casi sin poblaciones ribereñas; en la región de las cañadas hasta Babilonia tiene menos lugares habitados que el Tigris, pero en cambio tiene muchos más en la Baja Mesopotamia. Antiguamente también corría el Eufrates por entre populosas ciudades en la región superior; pero el contraste de los dos ríos ha sido siempre notable en este concepto. Desde su salida de las cañadas hasta la Susiana orillaban el Tigris grandes ciudades, era el río asirio por excelencia; por el contrario, en la Baja Mesopotamia, á partir de la muralla Médica, casi todas las ciudades se alineaban en las orillas ó en la zona del Eufrates, el río preferido de los caldeos.

Las ruinas más notables, aguas arriba del Eufrates, son las de Samosata, antigua capital de la Commagena, de gran importancia en sus primitivos tiempos por guardar la desembocadura de las cañadas del Eufrates. Esta antigua ciudad no es hoy más que una pobre aldea, pero distínguense allí todavía las enormes colinas artificiales sobre cuya meseta se levantaban los edificios más notables de la ciudad. Poco hace descubriéronse allí las suntuosas sepulturas de los reyes de la Commagena, adornadas con colosales estatuas de 17 m. de altura. Como otros muchos monumentos, los indígenas atribuyen éste á Nemrod.

Siguen luego las ruinas de Aintab, las del valle de Alepo, en cuya comarca se hallaba la antigua capital de los khitti ó hittitas, la Gargamisch ó Karkhemich, de que diferentes veces nos hemos ocupado al hablar de Egipto. Las esculturas de este pueblo, talladas en losas de basalto y de caliza, recuerdan en su estilo el arte asirio, aun cuando presenten carácter especial; las inscripciones de estas ruinas son jeroglíficas. Al Sur de Sadjur, límite común de las lenguas árabe y turca, hay otra ciudad arruinada, conocida antiguamente con el nombre de Bambyza, hoy Mambidj, ciudad consagrada al Sol como otras muchas, á las que dieron los griegos el nombre de Heliópolis; llamábanla también Magog. Siguen luego Orfa, Mardin, Midyat, Nisibin, etc. En la cuenca del Khabur, al Sudoeste de Mardin, cree haber descubierto Sachan el emplazamiento de la célebre Tigranocertes, situada en el tell Ermen ó colina Armenia.

Tanto en las orillas del Eufrates como en las estepas atravesadas por el Khabur son muchas más las poblaciones arruinadas que las aldeas hoy existentes; véanse, en efecto, más *tell* de ruinas que nuevos pueblos. Allí están aún los restos de las célebres ciudades de Balin, Thapsacus, Bakha, Nikephorion ó Leontópolis, más abajo las Zelibi (Zenobia antigua), Kirkesion, que hasta hace poco se ha confundido con Gargamisch-Hitita; Mazedim, con las soberbias ruinas del castillo de Rahaba, que se cree sea la Rekoboth de la Biblia; Anaha, la antigua Anetho; Hit con sus manantiales de asfalto y finalmente Babilonia.

El espacio de 24 m. de lado y de 576 kilómetros cuadrados de superficie, cercado por los muros de la gran Babilonia, es casi todo él un desierto; pero no obstante, en la parte meridional de la antigua Babel se levanta Hilleh, una de las mejores ciudades actuales de la Baja Mesopotamia. La colina artificial babilónica, á la que se da especialmente el nombre de Babil (la puerta de Dios) ó de Mudjebibeh (la

Caída), sirve desde hace dos mil años para construir con los ladrillos que la forman las poblaciones vecinas. Aun hoy día familias enteras de la tribu de los Babili, que se dicen sucesores de los antiguos babilonios, no tienen otro oficio que escarbar en esta colina artificial para extraer de ella ladrillos para



Fig. 595.—TIPO DE PERSONAJE ASIRIO DE LOS BAJOS RELIEVES DE KHORSABAD (SEGÚN FLANDIN)

las construcciones. El montículo más elevado de la orilla izquierda es el de Kasr ó sea «el Palacio» por excelencia, levantado por Nabucodonosor, que no tiene menos de 1,500 metros de perímetro. Más al Sur, y en la propia orilla, hállase la colina de Amrán, en el supuesto emplazamiento de los jardines pensiles; poco después de la muerte de Alejandro Magno servía este montículo de necrópolis, sin duda aprovechando las galerías abovedadas sobre que descansaban las terrazas. Más al Sur todavía, cerca de la actual aldea de Djumdjumah, véanse las ruinas del que fué bazar de Babilonia, de donde se han sacado más de tres mil tablillas que revelan la historia económica de la ciudad caldea. En la ribera derecha, donde se halla hoy Hilleh, son raros los montículos de ruinas y no se ven ni huellas del palacio atribuido á la legendaria Semíramis, del que se decía que estaba frente al Kasr en la ribera opuesta. Oppert supone que en el emplazamiento de Hilleh estaba la antigua ciudad industrial. De todas maneras, en este punto de la ribera no se hallan ruinas, por lo que se cree con fundado motivo que su desaparición ha de haber sido causada por el río. Sin embargo, subsiste todavía un monumento al Sudoeste, en el emplazamiento de la antigua Borsippa, cerca de los pantanos que siguen á distancia la ribera derecha; este monumento, que la tradición considera como el más antiguo levantado por la humanidad, es el Birs Nimrud, la torre de Nemrod, ó mejor dicho, de Babel. Pero el montículo, compuesto enteramente de alfarería, no ha suministrado hasta hoy resto ninguno anterior

á Nabucodurusur, cuyo nombre llevan en estampilla los ladrillos de dicho monumento. Según Rich, la altura exacta de la colina es de 60 m. y el lienzo de muro que la domina aumenta 11 m. la altura total. Estrabón le asignaba una estadia, ó sean 185 m. de elevación. Por lo que de su aspecto actual puede deducirse, el lado occidental del Birs Nimrud parece haber sido un muro vertical, mientras que el otro lado lo formaban terrazas escalonadas á espacios iguales. Hoy se supone que este monumento era la «Torre de las Siete Esferas,» un *zigurat*, especie de observatorio astronómico análogo al de Khorsabad.

Babilonia y las demás ciudades de la Baja Mesopotamia estaban construídas enteramente de ladrillo, único material de que podían disponer en la localidad, ya que la gran llanura de la Caldea se compone exclusivamente de tierras sin roca, piedra ni guijarro alguno; así es que no han dado ni es probable que



Fig. 596. —TIPOS DE SERVIDORES ASIRIOS DE LOS BAJOS RELIEVES DE KHORSABAD (SEGÚN FLANDIN)

suministren las ruinas esculturas monumentales como las de Asiria, ni otros elementos arquitectónicos labrados de sillería. Las piedras para las imágenes de los dioses ó de los reyes las importaban de los montes del Irán, de las costas de Arabia y hasta del lejano Egipto.

Al Norte de Babilonia levantábanse las ciudades gemelas de Sumir y de Akkad, y cerca de ellas, en los montículos de Abu-Hubba, los restos del templo del Sol, donde cuentan que vivía Xisuthrus, el rey caldeo. Al Sur de Babel, en el bajo Eufrates, en la región sometida á las mareas, hállanse los *tell* de

Erehk (Uruk), la Orchea de los griegos y la Warka de los árabes actuales. Guardaba Erehk la biblioteca caldea de mayor antigüedad y allí es donde todavía se espera hallar las tablillas relativas a la antigua historia de la Caldea, ya que las de Nínive, donde se ha hallado el relato del Diluvio de Erehk, fueron copiadas de esta biblioteca. Inmensas necrópolis rodean á la actual Warka, que en remotas edades era la localidad sagrada para las sepulturas, y desde muchas leguas de distancia llevaban allí los cadáveres en convoyes por el río. Más al Sur se levantaban todavía otras grandes ciudades en los remotos tiempos de la Caldea; tal era Ur, poderosa hace cuarenta siglos, convertida hoy en informe colina de escombros de 60 metros de altura llamada por los árabes Mugheir (Betun), cuyo nombre es, sin duda, debido al cemento de nafta que une sus hiladas de ladrillo.

De Babilonia hasta el mar la llanura está más poblada que en el interior; allí se encuentra Korna (la ciudad del Paraíso), Basorah ó Basora, y cerca de ella, y junto al pequeño pueblo de Zobeir, levántase un tell identificado por los arqueólogos como resto del antiguo puerto de Teredon, utilizado por Nabucodurusur y Alejandro Magno.

LA RAZA.—He aquí cómo explica Maspero la primitiva población de la Caldea: «Al Norte y al Este del Egipto,—dice,—en la inmensa extensión de territorio comprendida entre el Mediterráneo, el mar Negro, el Cáucaso, el Caspio, el Indo y los mares que bañan las costas meridionales del Asia se agitaban confusamente naciones de diverso origen, desconocidas en su mayor parte de los primeros faraones. Separado de ellas por el desierto y por el mar, el Egipto no había tenido hasta el moderno imperio tebano participación en sus revoluciones: se había limitado á establecer colonias mineras á la otra parte del Sinaí y á fundar algunas fortalezas para proteger á sus colonos. Una muralla levantada á través del istmo, guarnecida de campamentos fortificados, le servía de barrera contra los asiáticos y le permitía seguir el curso de su destino al abrigo de las invasiones del Norte.

» Algunas de estas naciones, sin nombre aún y sin historia, pertenecían sin duda á las razas primitivas que cubrían la tierra en épocas que, por lo remotas, sólo al geólogo toca el estudio de su duración. La mayor parte de ellas estaban comprendidas entre las razas más fuertes y nobles, extendidas desde el mar Caspio al Mediterráneo. Procedían, según parece, de las estepas del Asia septentrional y descendían hacia el Sur en busca de más benigno clima y de comarcas más fértiles. Muchos de los emigrantes ocuparon los distritos montañosos que se extienden al Sur del mar Caspio y cercan las mesetas del Irán..... La masa de la nación se estableció sólidamente en la parte occidental de la meseta, en la región llamada la Media, y hasta el Asia Menor. Otros penetraron hacia el Sur y fueron á fijarse más allá de las montañas, en las llanuras de la Susiana y en las orillas del Tigris y del Eufrates..... Desde el día de su llegada á las orillas del Eufrates,—añade después el mismo autor,—los Shumero accadianos estaban constituidos en cuerpo de nación; poseían la escritura y las industrias principales necesarias al hombre; tenían sus leyes, su religión, y eran de un carácter propio y especial..... Al lado de este pueblo, nos dan á conocer los monumentos otra raza de temperamento y tendencias diferentes. La lengua que aquella raza hablaba se enlaza íntimamente con el hebreo, el árabe y otros idiomas semíticos; su origen se pierde en la oscuridad de los tiempos: mientras la mayor parte de los sabios la creen originaria del Norte y de Oriente y nos la representan reducida á la Armenia, al pie del Ararat, entre el curso superior del Tigris, del Eufrates y del Kiros, otros suponen su primitivo asiento hacia el Sur, en la península de la Arabia. Los monumentos más antiguos nos muestran á esta raza establecida en el Tigris, el Eufrates y el golfo Pérsico. Una porción de ella, la más importante, vivía en el espacio comprendido entre los dos ríos en contacto con los primeros dueños del país y vino á ser el elemento preponderante de la población caldea. Otras tribus, esparcidas por los confines del desierto arábigo y los pantanos vecinos á la desembocadura del Tigris y del Eufrates, eran conocidas bajo el nombre de arameas. Una tercera rama de la familia se extendió por la costa occidental del golfo Pérsico y en las islas llamadas Sur y Arad, Dilmún ó Tilvún,

situadas á alguna distancia de las bocas del Tigris; una tradición antigua, recogida por Berosio, fija en aquellos lugares los orígenes de la civilización caldea.

HECHOS PRINCIPALES RELACIONADOS CON LA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA EN CALDEA Y ASIRIA.— La confusión y los escasos y poco difundidos conocimientos que poseemos sobre los tiempos primitivos de la Asiria y la Caldea, hacen que nos veamos obligados á fijar un orden en la sucesión de los hechos que puedan interesar al lector, y como no es posible seguir una marcha absolutamente cronológica en un cuerpo compuesto de los diferentes elementos que hemos de estudiar, de aquí que hayamos de insistir distintas veces sobre nombres y hechos que á fuerza de repetirlos bajo distintos puntos de vista y diverso orden llegan á perturbar las nociones fundamentales mejor establecidas. Vamos, pues, á indicar aquí, siguiendo á Maspero (1), el orden de sucesión de los diversos soberanos de la Asiria, la Caldea y las naciones vecinas de que hasta hoy se tiene noticia; pero antes debemos advertir que ni con mucho llegan á ser exactas las listas que damos á continuación y que todos los días se producen en ellas cambios, correcciones y adiciones.

La falta de datos algo precisos nos obliga á suprimir la cronología del antiguo imperio caldeo; el texto suplirá en lo posible esta obligada omisión, indicando el actual estado de conocimientos sobre la materia.

REYES DE ASIRIA

ISHAKKU DE ASHSHUR

- | | | |
|--------------|---------------------|--|
| I. Adasi. | III. Belkapkapu. | VI. Shamshiraman II. |
| II. Belbani. | IV. Shamshiraman I. | |
| | V. Ishmidagan. | VII. Iriamtuk (hacia 1520 a. de J. C.) |

REYES DE ASHSHUR

PRIMERA DINASTÍA

- | | | |
|--|------------------------------|--------------------------------|
| I. Ashshurnirari y Nabudagan (hacia 1500). | VI. Pudiel (1340). | XIII. Musakkilnuskku (1170). |
| | VII. Ramannirari I (1330). | XIV. Ashshurishishi (1150). |
| II. Ashshurbelnishishu (1420). | VIII. Shalmanushshur (1300). | XV. Tugulti-palesharra (1130). |
| III. Busurashshur (1400). | IX. Tugultinip I (1275). | XVI. Ashshurbelkala (1090). |
| IV. Ashshuruballit (1380). | X. Belkuduriusur (1250). | XVII. Shamshiraman III (1070). |
| V. Belnirari (1360). | XI. Ninippalekur (1220). | XVIII. Ashshurabamar (1060). |
| | XII. Ashshurdan (1200). | |

SEGUNDA DINASTÍA

- | | | |
|------------------------|---------------------------|-----------------------------|
| I. Shalmanushshur II. | VI. Tugultinip II. | XI. Shalmanushshur IV. |
| II. Irbaraman. | VII. Ashshurnazirpal. | XII. Ashshurdan II. |
| III. Ashshurnadinakhe. | VIII. Shalmanushshur III. | XIII. Ashshurnirari. |
| IV. Ashsurdan I. | IX. Shamshiraman IV. | XIV. Tugulti-palesharra II. |
| V. Ramannirari II. | X. Ramannirari. | XV. Shalmanushshur V (722). |

TERCERA DINASTÍA.—SARGÓNIDAS

- | | |
|--|---|
| Sharukin (721-704) (Sargón II). | Ashshurbanipal (667-626) (Sardanápalo). |
| Sinakheirba (704-680) (Sennaquerib). | Ashshuredililani (626-?) |
| Ashshurakheiddin I (680-667) (Esarhaddón). | Ashshurakheiddin (? 608-600 ?) (Saracos). |

(1) MASPERO: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, 1886.

REYES DE CALDEA

SEGUNDO PERÍODO (1)

I.	Nabunazir.	Ναβονασσαρου	747-733 a. J. C.	<i>Segundo interregno.</i>	688-680 a. J. C.		
II.	Nahid.	Ναδιδου	733-731	XI.	Ashshurakheiddin. Ασαραδίνου	680-667	
III.	Kinziru y Pulu.	Κινζίρου καὶ Πώρου	731-726	XII.	Shamashshumukin. Σασσδουχίνου	667-647	
IV.	Ululaa.	΄Ιλουλαίου	726-721	XIII.	{ Ashshurbanipal Ashshuredililani. }	{ Κινηλαδάνου 647-625	
V.	Mardukbalidinna.	Μαρδοκεμπάδον	721-709	XIV.	Nabubalussur.	Ναβοπολασσάρου	625-604
VI.	Sharukín.	΄Αρχαίνου	709-704	XV.	Nabukudurussur.	Ναβοκολασσάρου	604-561
	<i>Primer interregno.</i>		704-702	XVI.	Amilmarduk.	΄Ιλμοαρουδάμου	561-559
VII.	Belibush.	Βηλίβου	702-699	XVII.	{ Nirgalsharussur. Labashimarduk. }	{ Νηργασολασόρου 559-555	
VIII.	Ashshurnadinshum.	΄Ασασαδίνου	699-693	XVIII.	Nabunabid.	Ναβοναδίου	555-538
IX.	Nergalushezib.	΄Νηγεβήλου	693-692				
X.	Mushezibmarduk.	Μεσησιμορδάκου	692-688				

REYES DE LA MEDIA Y ASIRIA

I.	Khsakhshatra ó Kashtaritu (Kyaxares)	608 ó 600 (?) - 584
II.	Ishturegu (Astyages).	584 — 549

REYES PERSAS

DINASTÍA AKHEMÉNIDE

I.	Kurus (Ciro).	Κύρος	549 - 529
II.	Kambuziya (Cambises).	Καμβύσης	529 - 522
III.	Gaumata (falso Esmerdis).	Ψευδόσμερδης	522 - 521
IV.	Daryavus I (Darío I).	Δαρείος α΄	521 - 485
V.	Khshayarsha I (Jerjes I).	Ξέρξης α΄	485 - 465
VI.	Artakhshathra I (Artajerjes I).	΄Αρταξέρξης Μακρόχειρ	465 - 425
VII.	Khshayarsha II (Jerjes II).	Ξέρξης β΄	425
VIII.		Σογδιανός	425 ó 426
IX.	Daryavus II (Darío II).	Δαρείος β΄ ΄Ωχός η Νόθος	426 - 405
X.	Artakhshathra II (Artajerjes II).	΄Αρταξέρξης β΄ Μνήμων	405 - 359
XI.	Artakhshathra III (Artajerjes III).	΄Αρταξέρξης γ΄ ΄Ωχός	359 - 338
XII.		΄Αρσής	338 - 337
XIII.	Daryavus III (Darío III Codomano).	Δαρείος γ΄ Κοδόμαννος	337 - 330

La tradición del origen del hombre y del paraíso en la cosmogonía babilónica es igual casi a la de la Biblia. Cambia la tradición desde el momento en que arrojado el hombre del paraíso desciende a las llanuras de la Caldea y se establece allí. Según aquella tradición, el pueblo caldeo es el más antiguo de la tierra.

Como en otras civilizaciones, la tradición babilónica atribuye a un poder sobrenatural el origen de la arquitectura, junto con el de otras muchas artes y ciencias. Desterrados los hombres del Edén por su desobediencia, «vivían sin ley a la manera de los animales. Pero al primer año apareció, saliendo del mar Rojo, un animal dotado de razón llamado Oannes. Tenía el cuerpo de pez, pero por encima de la cabeza del animal sobresalía otra cabeza de hombre, así como brotaban unos pies humanos de su cola; gozaba el don de la palabra y su imagen se conserva hoy todavía. Pasaba el día el monstruo entre los hombres sin tomar alimento alguno; les enseñaba la práctica de las letras, de las ciencias y de todas las artes; las reglas para la fundación de ciudades y la construcción de los templos; los principios de las leyes y de la

(1) Según el canon de Ptolomeo y los monumentos.

geometría, así como también les demostraba la siembra y la cosecha; en una palabra, proporcionaba á los hombres cuanto puede endulzar la vida. Desde aquel tiempo,—añade Berosio, de quien es el fragmento que traducimos,—nada excelente se ha inventado. A la puesta de sol sumergíase el monstruoso Oannes en las ondas, porque era anfibio. Escribió Oannes y legó á los hombres un libro sobre el origen de las cosas y de la civilización.»

Después de la desaparición de Oannes, los reinados míticos de Aloros de Babilonia, Alaparos, su hijo, Amillaros de Pantibiblia, Ammenón, Amelegaros, Davos y Evedoranchos, de la misma ciudad, Amempsinos y Obartes, de Laranche y de Xisuthros, duraron en conjunto, según la tradición caldea, cuatrocientos treinta y dos mil años, ó sea más de cuarenta y tres mil años por cada reinado. Xisuthros, llamado también Khasisadra, que acaba la serie, corresponde perfectamente al Noé bíblico; como él es testigo del diluvio, del que se salva en un arca junto con los gérmenes de plantas y animales. Salidos

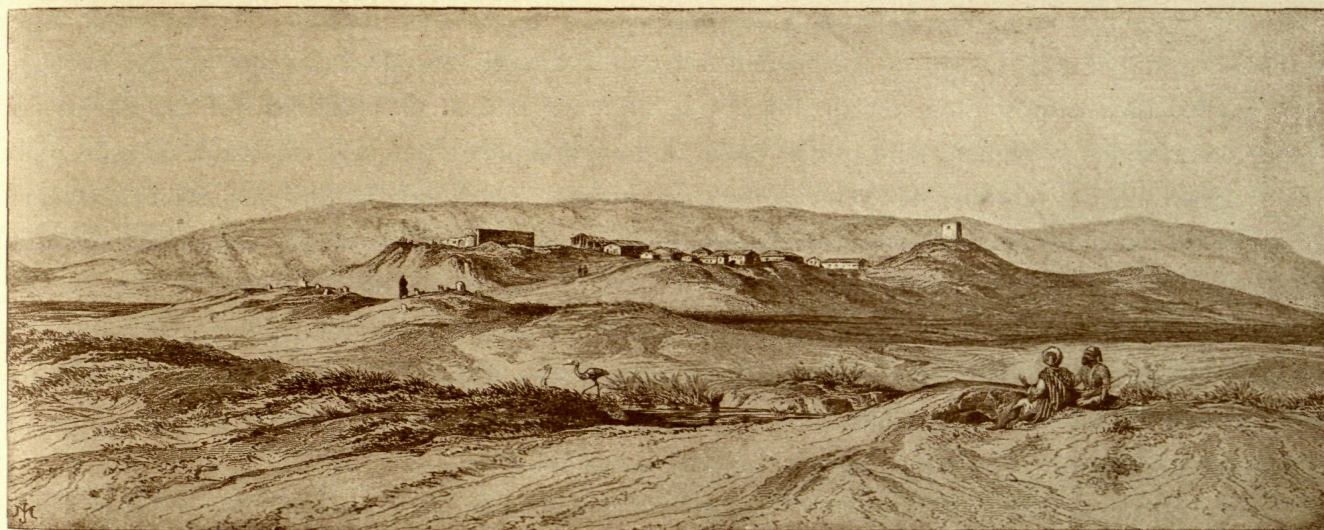


Fig. 597.—VISTA DEL TELL Y PUEBLO DE KHORSABAD ANTES DE LAS EXCAVACIONES DE BOTTA

del arca, «llegaron los compañeros de Xisuthros á Babilonia, desenterraron los libros de Sippara, escribieron otros muchos, construyeron templos y fundaron de nuevo á Babilonia (1).»

La raza que engendraron fué de gigantes. «Cuéntase que ensoberbecidos por su fuerza y grandeza despreciaron á los dioses y se creyeron superiores á ellos; levantaron, pues, una torre muy alta en la que es hoy Babilonia. Aproximábanse ya á los cielos cuando los vientos, corriendo en socorro de los dioses, derribaron la construcción sobre los obreros: á sus ruinas las llamaron Babel. Hasta entonces no conocían los hombres más que una sola lengua; pero los dioses les obligaron desde entonces á hablar diferentes idiomas (2).» Otra de las versiones situaba la *Torre de las lenguas* en los contornos de Uru, una de las más antiguas metrópolis de la Caldea meridional; pero la tradición más generalmente aceptada la sitúa no lejos de Babilonia ó en la propia ciudad. «No es,—añade Maspero,—que la etimología bíblica Babel, de *belel*, confundir, esté conforme con la ortografía real de la palabra: Bab-el ó Bab-ilu significa simplemente «la puerta del dios Ilu.» En cuanto á la torre en sí, la identificaban los caldeos con la torre de Borsippa, que según testimonio del rey Nabukudurur, estaba sin concluir desde tiempo inmemorial. Componíase de siete terrazas superpuestas, dedicada cada una á un dios especial y pintadas del color que á cada uno de estos dioses correspondía. Tenían las terrazas planta cuadrada perfecta y decrecían en gradas, de manera que el edificio presentaba el aspecto de una pirámide escalonada muy ancha en la base y estrecha en la cúspide. Reposaba la masa total sobre un subasamento rectangular que elevaba

(1) BEROSIO: *Fragmentos XV y XVI*.—Edición Lenormant.

(2) BEROSIO: *Fragmentos XVII y XVIII*.—Edición Lenormant.

á ocho el número de pisos superpuestos. Las caras del edificio, y no los ángulos, eran las que estaban orientadas á los cuatro puntos cardinales, contra el uso babilónico (1).

Según Berosio y el Syncelle, después de la dispersión de la torre de Babel reinaron en Caldea una serie corta de reyes humanos, en un espacio inmenso de años. Todos los relatos de esta época se refieren á personajes míticos: entre ellos se cuenta á Nemrod ó Nimrod, á quien Josefo atribuye la construcción de la Torre de las Lenguas, así como los naturales del país muchas de las ruinas que allí se encuentran. Sin embargo, los monumentos hasta hoy han permanecido mudos respecto al tal personaje y son desconocidos sus sucesores. Casi todos los rasgos que la tradición hebraica le atribuye los refiere la caldea al héroe Istubar, rey de Uru, como aquél «gran cazador ante el Eterno.»

Parece que, efectivamente, los reyes de Uru y los de las demás ciudades de la parte más baja de la Mesopotamia fueron los primeros civilizados. Al más antiguo de aquellos soberanos, el *pateshi* Urbagus, se le cree contemporáneo de la quinta dinastía egipcia; extendíanse sus dominios á los países de Accad y de Shumir, y los restos de sus construcciones son visibles todavía en Larsam, Uruk, Nipur, Sipar y en la misma capital. Todos los que á él se refieren llevan realmente el sello de su remotísima antigüedad. No sólo los ladrillos estampados con su nombre se hallan á mayor profundidad que los de los demás reyes caldeos en todas las ruinas, sino que el estilo de los edificios en que se encuentran es rudo y primitivo. Son estos edificios templos de proporciones gigantescas, cuyos cuatro ángulos estaban orientados cuidadosamente hacia los cuatro puntos cardinales. Los restos de la mayor de sus construcciones forman un montículo de unos 70 metros de lado por 35 de altura, y debieron emplear en ella más de treinta millones de ladrillos. Los demás monumentos de Urbagus sin ser de tanta importancia presentan dimensiones considerables. Su número y tamaño bastan para dar idea de la civilización del pueblo y del poder del príncipe que los levantó. Solamente por la guerra y la cautividad se comprende que podía el rey de Uru disponer del número de obreros necesarios para semejantes obras.

Los grandes trabajos emprendidos por Urbagus los continuaron sus sucesores Dungi é Ilgi. De éstos y de los *pateshi* de Sirtella y Eridu no se sabe más que el nombre. Sin embargo, dos de ellos, Urbagus y su hijo Gudea, príncipes de Sirtella, construyeron palacios y templos, cuyos restos se hallan en el museo del Louvre. El rey está sentado teniendo sobre las rodillas el plano de los edificios por él levantados. Estas estatuas, desgraciadamente mutiladas, no tienen la elegancia y la finura de las estatuas egipcias anteriores ó contemporáneas, pero están modeladas con mucho vigor y franqueza admirables. Las cabezas con ellas encontradas no son de las estatuas, pero están bien estudiadas y son de bella expresión. Uru perdió su poder y fué sustituida en la hegemonía de Caldea por otras ciudades menos célebres; algunas de ellas deben tener su nombre en los fragmentos de una lista real formada más tarde por los sabios babilonios.

La fusión de los elementos de distinta raza del pueblo caldeo, comenzada por Urbagus y continuada por los reyes de su dinastía, concluyó en las dinastías siguientes. Desapareció completamente la antigua lengua y quedó solo para la enseñanza y para los cantos religiosos.

Sharguina I, rey de Agadé, que contaba de sí mismo una historia de salvación muy parecida á la de Moisés, fué un gran conquistador y constructor notable. Al regreso de sus expediciones reconstruyó el templo de Agadé y la pirámide de Ulbar, consagrada á la diosa Anunit. Naramsin, hijo de Sharguina y como él guerrero y constructor, extendió sus dominios hasta el Sinaí; pero la gloria de su reino no le sobrevivió.

Entra en escena en esta época un nuevo pueblo en la doble cuenca del Tigris y del Eufrates: es el de Elam ó Susiana. Derívase Elam de Ilamtu, nombre semítico que equivale á «país alto.» El nom-

(1) OPPERT: *Expedition en Mesopotamie*.

bre nacional era Shushinak, y de ahí el moderno de Susiana. Comienza el Elam al oriente del río con una rica llanura de aluvión tan fértil como la de la Caldea. El trigo de mejor clase y el centeno producen allí cosechas de ciento y doscientos por uno, abundan la palmera y el datilero y cubren el país varias especies de árboles como la acacia, el álamo y el sauce. Más allá de esta llanura levántase en gradas el país, remontándose hacia la meseta de la Media, y el clima se hace más frío y la tierra menos productiva. Brotan de sus montañas importantes ríos: el Uknu (Khoaspes), el Pasitigris y el Ulai (*Eulaeos*), que en su curso inferior presentan anchura comparable al Tigris y al Eufrates. En la confluencia de dos brazos del Khoaspes, en los lindes de la gran llanura y á ocho ó diez leguas de las montañas, construyeron los reyes de Elam su capital Susa, llamada Sushín ó Shushún en los textos susianos y Shushán en los asirios. La fortaleza y el palacio de Susa estaban escalonados en la ladera de una colina que dominaba la llanura. Al pie de esta colina levantábase la ciudad, construída de adobes. Al reino de Elam pertenecían también Madaktu, la Badaca de los antiguos, y las plazas fuertes de Naditu y Khamanu, que los antiguos textos llaman ciudades reales.

Regíase la Susiana ó Elam por un gobierno feudal, dividido en pequeños estados independientes entre sí, pero que se reunían bajo la soberanía preferente de Susa. Era ésta asiento de una civilización floreciente, quizás anterior á la de la Caldea, por más que lo poco que sabemos de ella, por monumentos relativamente modernos, nos transporta á un mundo desconocido, lleno de nombres y formas extrañas. Al frente de las jerarquías divinas figuran un dios y una diosa, llamados en Susa Shushinka y Nakhunté; la estatua de ésta, inaccesible á los profanos, se ocultaba en el fondo del bosque sagrado de Susa, de donde la sacó Ashurbanipal en el siglo séptimo antes de nuestra era. Después de la pareja divina superior vienen otros seis dioses; el más conocido de ellos es Ummán, al que se atribuye la personalidad del Memnón de los griegos. Por lo demás, la civilización susiana presenta grandes analogías con la caldea: iguales costumbres, la misma táctica militar é idénticas aptitudes industriales y mercantiles; cuanto sobre este punto diremos en breve de los caldeos, puede aplicarse á los elamitas.

Entre los años 2300 y 2280 antes de nuestra era, el rey de Susa Khondur-Nakhunté descendió á las llanuras del Eufrates, tomó las ciudades comprendidas desde Uru á Babilonia, arrebató sus dioses á los caldeos y los colocó como trofeos en los templos de su capital; impuso tributos al país entero, y sus sucesores fundaron una dinastía nueva, que reinó sobre la Mesopotamia y á la que Berosio llamó de los Medas. Esta dinastía no sería, pues, ariana, como hasta ahora se había creído, á ser cierto el origen anteriormente explicado y que tomamos de Maspero.

El apogeo del poder elamita decreció constantemente después de las conquistas de Khondur-Legamer y los pueblos sometidos como feudatarios fueron declarándose independientes con sus príncipes al frente. Así lo hicieron los reyes de la Caldea del Sur, especialmente los de Larsam y Nippur, y algunos del Norte, como los de Agadé, hasta que Babilonia se impuso y gobernó toda la Caldea, al menos durante una dinastía entera, que reinó trescientos cuatro años, divididos en once reinados. Al quinto de estos reyes, Khammurabi, se le conoce por varios monumentos. Hizo construir gran número de canales y restaurar y limpiar los antiguos, rectificó el curso del Eufrates y restauró los edificios de sus antecesores.

Hacia esta época aparece la tribu de los Kashshu ó Coseos de los antiguos, procedente de las montañas al Oriente del Tigris, que poco á poco fué dominando el valle de los dos ríos, imponiéndose en último resultado durante algunos siglos á la Caldea entera. No se conocen monumentos notables de esta época.

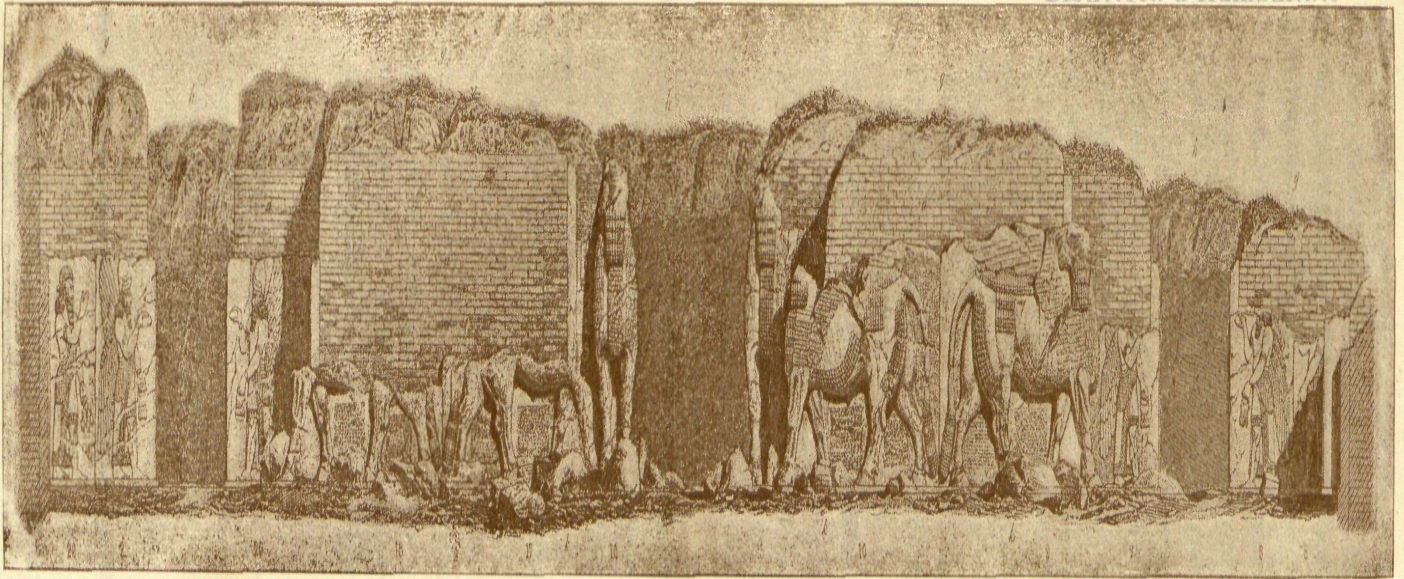
En tanto levantábase al Norte de Babilonia un nuevo estado en el país hasta entonces habitado por los Gutim. Elasar, hoy Kalah-Shergat, era su ciudad principal, situada en la ribera izquierda del Tigris á sesenta kilómetros aguas arriba de la confluencia del Zab inferior con aquél, y en el mismo río, pero más arriba todavía, á la otra parte del Zab superior, se hallaba su fortaleza más importante, la famosa

Nínive. Llamábase al país reino de Ashshur y lo gobernaban soberanos pontífices, feudatarios de Caldea. Las conquistas de la XVIII y XIX dinastías de Egipto hicieron sentir su yugo al naciente estado, pero pronto se rehizo en cuanto comenzó la decadencia egipcia. A los reyes pontífices de Ashshur ó Asiria, feudatarios de Caldea, siguieron soberanos independientes, aliados de Babilonia en un principio y rivales después del poder de esta ciudad, hasta que hacia el año 1270 Tugultininip, rey de Asiria, combatió á los caldeos y entró en Babilonia como conquistador, convirtiendo á la antigua señora en vasalla de Asiria, si bien el nuevo orden de cosas duró poco tiempo, comenzando en seguida una lucha continua con variada fortuna entre los dos estados vecinos, hasta que definitivamente se afirmó el poder de Ashshur en tiempo de Ninipalekur.

Muy distinta de ésta es la tradición clásica ó persa, que como historia primitiva de Asiria se enseñaba en las escuelas hace veinte ó treinta años. Cuenta aquélla que Nino, jefe conquistador de una tribu, formó en Asiria un imperio que comprendía Armenia, Media, Babilonia y las comarcas situadas entre el Mediterráneo y el Indo. Según la tradición citada, á él se refiere la fundación y el nombre de Ninua ó Nínive. «Dió á la ciudad la forma de un rectángulo, cuyo lado mayor tenía cincuenta estadios y el más corto noventa, resultando el recinto total de cuatrocientos noventa estadios de perímetro (89 kilómetros).... Además de los asirios, que formaban la parte más rica y más importante de la población, admitió Nino en la capital gran número de extranjeros y pronto fué Nínive la ciudad mayor y más floreciente del mundo.» Una guerra con la Bactriana arrancó al soberano ninivita de sus trabajos de construcción: sitió á Bactres y allí encontró á Semíramis, á quien la tradición atribuye origen divino; creíase la hija de un simple mortal y de la diosa Derketo de Ascalón. Abandonada en su nacimiento, fué recogida por el pastor Simas y casó, por su belleza sin igual, con Oannes, gobernador de Siria. Admirado Nino de su valor y hermosura la arrebató á su marido é hizo de ella su esposa y heredera.

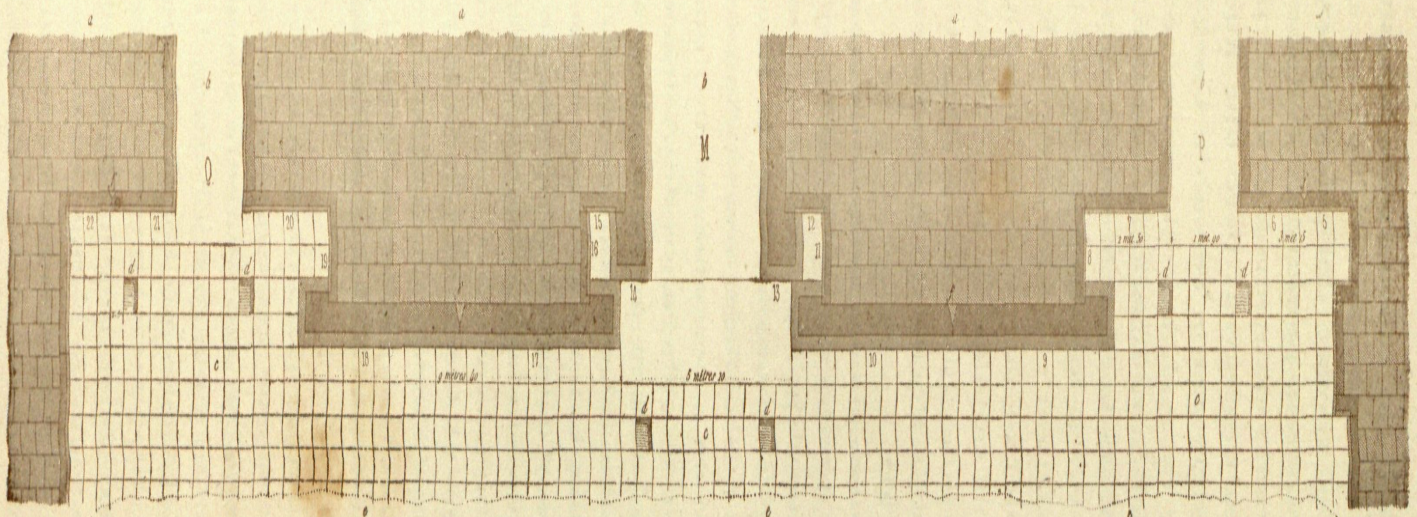
Así, según la leyenda, llegó á reina Semíramis, y ya sola en el trono fundó á Babilonia bajo un plan mucho mejor que el de Nínive. Tenía el muro de recinto trescientos sesenta estadios (66 kilómetros) de longitud, lo flanqueaban doscientas cincuenta torres y era bastante ancho para que pasaran sobre él seis carros de frente. Encauzó el Eufrates, construyó malecones con un desarrollo de ciento sesenta estadios (30 kilómetros) y reunió las dos riberas por un puente. En el centro de la ciudad se levantaba el templo de Bel. Apenas había terminado estos trabajos cuando la Media se sublevó: reprimió Semíramis este movimiento y recorrió las distintas provincias de su imperio, construyendo Ecbatana en Media, Semiramocarta en Armenia, sobre el lago de Van, y Tarsa en Cilicia. Donde quiera que fué perforó las montañas, rompió los peñascos para abrir anchos y hermosos caminos y erigió á sus generales muertos en las conquistas grandiosos túmulos en las llanuras. Las hazañas de Semíramis se consideran hoy como míticas y su fin, convirtiéndose en paloma, parece señalar su naturaleza divina. Créese que Nino y Semíramis existieron solamente en la epopeya popular babilónica, y que de boca del pueblo tomó su tradición el historiador Ctesias de Gnido. Maspero opina que Nino y Semíramis son personificaciones de Ninip-Sandán y de Ishtar, el Hércules y la Venus asirios. Naturalmente que la nueva versión del origen del imperio asirio se funda en inscripciones de antiguos monumentos, y que de la de Nino y Semíramis no se ha hallado referencia alguna perfectamente auténtica.

Después de los soberanos constructores de que más arriba hemos hablado, figura el célebre conquistador asirio Tugultipalesharra I (Tiglath-Phalasar). Sus construcciones, según una inscripción de este rey, al menos las que él mismo señala con más complacencia, son religiosas. «El templo de Anu y de Ramán, —dice,—los grandes dioses, mis señores, que Shamshiramán, sacerdote soberano de Ashshur, hijo de Ishimdagán, sacerdote soberano de Ashshur, había construído seiscientos cuarenta y un años antes, estaba caído en ruinas. Ashshurdán, soberano pontífice del país de Ashshur, hijo de Ninipalekur, su antecesor, derribó este templo sin reconstruirlo y nadie, durante sesenta años, tocó siquiera á sus cimientos.»



ELEVACIÓN DEL LADO NOROESTE

- | | |
|--|---|
| a. Macizo de ladrillos crudos detrás del revestimiento esculpido. | g. Terrenos superpuestos extraños á la construcción. |
| b. Losas cubiertas de inscripciones. | h. Masa de tierra sobrepuesta no explorada. |
| c. Solado de ladrillo cocido. | k. Fragmentos de escultura caídos del paramento. |
| d. Excavación donde se hallaron ídolos. | m. Lecho de arena fina interpuesto entre las hiladas de ladrillo. |
| e. Limite de las excavaciones. | n. Segunda capa de ladrillos cocidos cubiertos de betún. |
| f. Cajas abiertas en los macizos para disimular el grueso de los bajos relieves. | o. Terreno. |



PLANTA DE LA FIGURA ANTERIOR

Tugultipalesharra lo reconstruyó mayor que antes y lo rodeó de templos y palacios de cuyo esplendor se alaba.

Poco duró el apogeo del primer imperio asirio: Mardukanadinakhe, rey de Babilonia, rechazó de su reino á los invasores, penetró en Asiria, entró en la ciudad de Hekali y llevóse las estatuas de sus dioses á Babilonia, donde estuvieron cautivas por espacio de cuatrocientos diez y ocho años. Repararon en parte los asirios tales desastres, pero una nueva derrota los redujo casi á su capital: confederados los jefes hititas ó khiti derrotaron cerca de Gargamish al rey Ashshurabamar, nieto de Tugultipalesharra.

La derrota de Ashshurabamar arrebató á los asirios no solamente la Siria sino también los países del Norte y del Sur. Babilonia recobró sus estados, las tribus del Nairi y del Namri se hicieron independientes y hasta la Alta Mesopotamia se desprendió de Nínive, de manera que el vasto imperio quedó reducido otra vez á los alrededores de la capital. Pero los monarcas de Ashshur trabajaron incansablemente para restaurar el poder perdido; Ramannirari II logró ya rechazar á los babilonios más allá del gran Zab y en el interior las obras públicas alcanzaron gran incremento: repararon templos y ciudades, abrieron y limpiaron canales de riego y consolidaron los diques que protegían de la inundación del Tigris grandes extensiones de terreno. Tugultininip II (889-885 antes de J.C.) comenzó de nuevo las conquistas, acompañadas de los suplicios de empalamiento, que caracterizaban la sanguinaria autoridad de los soberanos asirios.

Al extenderse las conquistas de Asiria hacia el Norte perdió su importancia la ciudad de Ashshur, cesó de ser el punto central del imperio y sólo por tradición conservó la capitalidad. Ashshurnazirpal, sucesor de Tugultininip II, acabó con este privilegio eligiendo nueva residencia, que fué Kalakh, construída por Salmanasar I en la ribera izquierda del Tigris, en la confluencia del gran Zab. En el cuarto año de su reinado arrasó Ashshurnazirpal cuanto quedaba de las construcciones de la antigua ciudad y fundó en su emplazamiento una población completamente nueva. Desde entonces y durante un siglo los sucesivos soberanos de Asiria compitieron en adornarla: Salmanasar, Shamshiramán y Ramannirari se complacieron en habitarla y aumentar sus bellezas en los raros instantes de reposo que la guerra les dejaba. «Levantáronse,—dice Rawlinson,—palacios tras palacios en la rica plataforma que la sostenía. Rivalizaban unos con otros en el esplendor de sus adornos de madera, tallados, dorados, pintados, esculpidos y esmaltados; leones de piedra, esfinges, obeliscos, santuarios y flores sagradas variaron el aspecto de la ciudad y rompieron su monotonía. La alta pirámide escalonada, *el zigurat*, unida al templo de Ninip, dominaba el conjunto y agrupaba á su alrededor la masa de los palacios. El Tigris, que bañaba por el Oeste el pie de la plataforma, reflejaba la silueta en sus aguas y doblando la altura aparente de los edificios disimulaba el rebajamiento de las masas, que es el punto débil de la arquitectura asiria. Cuando el sol poniente iluminaba esta vista con los deslumbrantes colores que sólo en Oriente tiene, debía parecer Kalakh, al viajero que por vez primera la contemplara, un fantástico panorama del país de las hadas.»

La fundación de Kalakh señala el comienzo del apogeo del poder asirio y del arte que fué su reflejo. De Kalakh partieron las expediciones que llevaron las armas asirias del golfo Pérsico al Mediterráneo y de la Media al Egipto. Durante dos siglos los ejércitos asirios rehicieron en sentido inverso el camino recorrido triunfalmente por Thutmós III y Amenhotpu II. El fundador de Kalakh, Ashshurnazirpal, lo fué también del vastísimo imperio asirio, y en la misma empresa le siguió sin descanso su hijo Shalmanusshur III (Salmanasar) y sus sucesores Shamsiramán y Ramannirari. Después de éstos, Ashshurdán II y Ashshurnirari dejaron que decayera el imperio, y si no viene perfectamente comprobada la derrota de los asirios y la toma de Nínive en tiempo de Sardanápalo, está por lo menos admitida una época de gran decadencia de la Asiria entre los reinados de Ramannirari II y Tugultipalesharra II (Tiglathphalasar). Renovó éste las guerras de conquista de sus antecesores, organizando el imperio y consolidando sus

conquistas con el sistema de trocar de localidad á las diversas razas conquistadas, poniendo á su frente príncipes ó gobernadores que le fueran adictos. Después de diez y ocho años de glorioso reinado murió Tiglatphalasar, sucediéndole Salmanasar V. El reinado de Salmanasar, dedicado constantemente á guerras y conquistas, acabó en el desgraciado sitio de Tiro, donde murió el rey de misteriosa manera, sucediéndole en el mando del ejército y en el gobierno del imperio un oficial de la corona, Sharukín ó Sargón, que fundó una nueva dinastía (722).

El reinado de Sargón era desconocido de los antiguos escritores á pesar de su gran importancia en la antigüedad; de Sargón es el célebre palacio de Khorsabad y á Sargón se debieron las derrotas de los elamitas y de los etíopes, á los dos extremos de sus vastísimos dominios, y el definitivo arraigo del imperio. El reinado de Sargón acabó desgraciadamente; algunas guerras desastrosas precedieron al asesinato de Sargón en su nuevo palacio de Dur-Sharukín (Khorsabad) en 705, al que siguió un levantamiento general de los pueblos sometidos.

En tan difíciles momentos tomó el mando Sinakheirba, el Sennaquerib de la Biblia. Después de larga preparación y de guerras sin tregua, logró Sennaquerib afirmar el poder de Asiria. La ruina de Babilonia, ciudad que continuamente se sublevaba contra la dominación asiria apoyándose en el poder elamita, terminó la triunfal carrera de Sennaquerib. En medio de incesantes guerras supo hallar espacio para organizar la administración de su imperio y construir numerosos templos y palacios. Es tal vez uno de los reyes asirios que más monumentos importantes nos haya legado. Gracias á su prodigalidad y á los numerosos prisioneros que arrebató á su país natal para hacerlos trabajar en sus edificios, tomó el arte asirio extraordinario vuelo y sobrepujo á cuanto hasta entonces se había visto. «El carácter más señalado de la ornamentación adoptada por Sennaquerib,—dice Rawlinson,—es un realismo enérgicamente marcado. En su tiempo fué cuando se generalizó la costumbre de completar los cuadros de escenas con un fondo parecido al que existía en la localidad del suceso representado: las montañas, las rocas, los árboles, los caminos, los ríos y los lagos fueron representados regularmente, y los artistas se ingeniaron para reproducir los accidentes locales tales como eran, con toda la verdad que les permitían su habilidad y la naturaleza de los materiales. En estos ensayos no se limitaban á reproducir los caracteres principales y las grandes líneas de la escena, sino que indudablemente querían comprender en el cuadro hasta los menores detalles que la observadora mirada del artista hubiese discernido al sacar el boceto de su obra del natural. Indican los bajos relieves las distintas especies de árboles; los jardines, campos, estanques y juncos están dibujados con cuidado; entran en ellos los animales salvajes: ciervos, jabalíes y antílopes con todos sus rasgos característicos; vuelan los pájaros de uno á otro árbol ó se posan en sus nidos, de donde los pequeñuelos sacan sus cabecitas; juegan los peces en las aguas; los pescadores tienden sus redes; los bateleros y los labradores se dedican á sus faenas y la escena queda como fotografiada con todos sus detalles, grandes y pequeños, por igual representados, sin que haya asomo de elección ni intento de buscar la unidad artística.

» Dominado por el mismo criterio realista, adoptó Sennaquerib, como asunto decorativo, las escenas vulgares de la vida de cada día. Las interminables filas de servidores, que circulaban continuamente por su palacio con la caza para la comida y las tortas y frutas para sus postres, tienen todavía en los muros de los corredores igual apariencia que en otro tiempo tuvieron cuando atravesaban en vida los patios, cargados con los manjares de que el rey gustaba. Expone en otros lugares los procedimientos seguidos en la escultura y transporte de un toro colosal, desde el momento de extraer de la cantera el enorme canto sin desbatar hasta el momento de levantarlo sobre la colina artificial que servía de basamento á la real residencia, para decorar su monumental entrada. En primer lugar véanse á los obreros arrastrando á la sirga por un río la piedra en bloque, colocada sobre una barcaza de fondo plano: agrúpanse los operarios por pelotones á las órdenes de contra maestres que hacen intervenir sus bastones al menor desorden.

La escena debía representarse por entero y así es que todos los hombres de la sirga están allí figurados uno á uno hasta el número de trescientos, vestidos con el traje de su respectivo país y esculpidos tan minuciosamente como si cada uno de ellos no fuese la reproducción exacta de otros noventa y nueve. Después sacan á la orilla el canto y lo desbastan groseramente en forma de toro, lo cargan sobre una narria ó especie de trineo,—que ya hemos visto en Egipto,—y las cuadrillas de peones, dispuestas como anteriormente, lo conducen por un terreno llano hasta el pie de la plataforma donde deben colocarlo. La construcción de la plataforma la representan también en detalle: los alfareros moldean los ladrillos al pie del altozano, y en tanto los peones suben penosamente llevando áuestas la espuerta llena de tierra, ladrillos, piedras ó escombros, á la plataforma á medio construir y dejan en lo alto su pesada carga. Entonces izan el toro, echado sobre su narria, hasta la meseta superior, por medio de un largo plano inclinado. Cuatro brigadas de peones ejecutan este trabajo en presencia del monarca y de su séquito. Después de lo cual acaban la escultura y conducen al coloso, de pie ya sobre su base, á través de la plataforma, hasta el mismo lugar á que va destinado (1).»

«De todas las ciudades del imperio,—añade Maspero,—fué Nínive la que se complació Sennaquerib en embellecer con preferencia. Abandonada por Sargón y caída de su rango de capital se había despojado rápidamente. Las murallas tenían brechas en varios lugares, los antiguos acueductos estaban rotos; el Tigris, mal encauzado entre sus malecones, amenazaba á la ciudad con sus inundaciones y el palacio no era más que una ruina. «El patio de las dependencias,—decía Sennaquerib,—lo habían construido mis »padres y predecesores para depositar allí los bagajes, para ejercitar á los caballos y para llenarlo de utensilios. Su basamento no permitía que lo habitaran; su friso esculpido lo había corroído el tiempo; sus »piedras angulares habían cedido; sus hiladas se hundían y su cúspide se desplomaba.» Devolvió á la ciudad su pasado esplendor, limpió los antiguos acueductos que estaban cegados, construyó otros nuevos, consolidó los malecones del Tigris, rectificó el recinto y reparó los monumentos.

«He reconstruido,—dicen sus inscripciones,—las vetustas calles, he ensanchado las calles estrechas »y he hecho de toda la población una ciudad resplandeciente como el sol.» Derribó además el serrallo antiguo y sobre sus restos levantó una vasta colina artificial y luego, «en un mes propicio, en un día »afortunado,—dice,—siguiendo los impulsos de mi corazón, construí sobre este basamento un palacio de »alabastro y de cedro, producto de la Siria, y su torre al estilo de Asiria..... Lo restauré y lo completé »desde los cimientos á la cúspide y puse allí la consagración de mi nombre. A aquel de mis hijos que en »el decurso de los tiempos sea llamado á guardar el país y sus hombres por Ashshur é Ishtar, le digo lo »siguiente: ¡Este palacio envejecerá y se derrumbará con el tiempo! ¡Que mi sucesor lo levante de sus »ruinas, que restablezca las líneas que contienen mi nombre, que renueve las pinturas, que limpie los bajos »relieves y que los reponga en su lugar! Si así lo hiciere, Ashshur é Ishtar oirán sus ruegos. Mas si alterare mi nombre, que Ashshur, el gran dios, el padre de los dioses, le trate como rebelde, que le arrebatase su cetro y su trono y que humille su espada.» Sobrado pronto,—añade Maspero,—se encargó el porvenir de desmentir cruelmente las promesas de eternidad contenidas en tan orgullosas palabras. Entre la dedicatoria del palacio y su irreparable destrucción mediaron poco más de ochenta años, y el próspero reinado terminó con una tragedia: Adrammelech y Nergalsharushshur, hijos de Sennaquerib, asesinaron á su padre en el templo de su dios Nisroch.»

Los asesinos trataron de apoderarse del imperio. Pero el primogénito Ashshurakheiddín (Asarhaddón) acudió á tiempo para derrotar á los sublevados é inaugurar un brillante reinado. Sometió á los caldeos y á los sirios sublevados y conquistó la Arabia y el Egipto (672 antes de J.C.).

«Asarhaddón,—dice Maspero,—es una de las figuras más originales y de mayor atractivo de la his-

(1) RAWLINSON: Obra citada.

toria de Asiria. Activo y resuelto, puede comparársele con Ashshurnazirpal y Tiglathphalasar, pero á sus cualidades no unía la dureza de éstos para con sus súbditos ni su ferocidad para con los vencidos. Aprovechaba las ocasiones de ser clemente con tan buena voluntad como las buscaban aquéllos para mostrarse implacables. Las relaciones de sus guerras no nos hablan sin cesar de cautivos descuartizados en vida, de reyes empalados ante la puerta de sus ciudades, ni de poblaciones diezmadas por el hierro. Dedicóse á reparar las ruinas de que habían cubierto el país su padre y su abuelo. Ya en el primer año de su reinado dió orden de reconstruir Babilonia y comenzó los trabajos con gran pompa. Puso en libertad á los prisioneros caldeos que vivían aún y contrató á cuantos quisieron trabajar bajo las órdenes

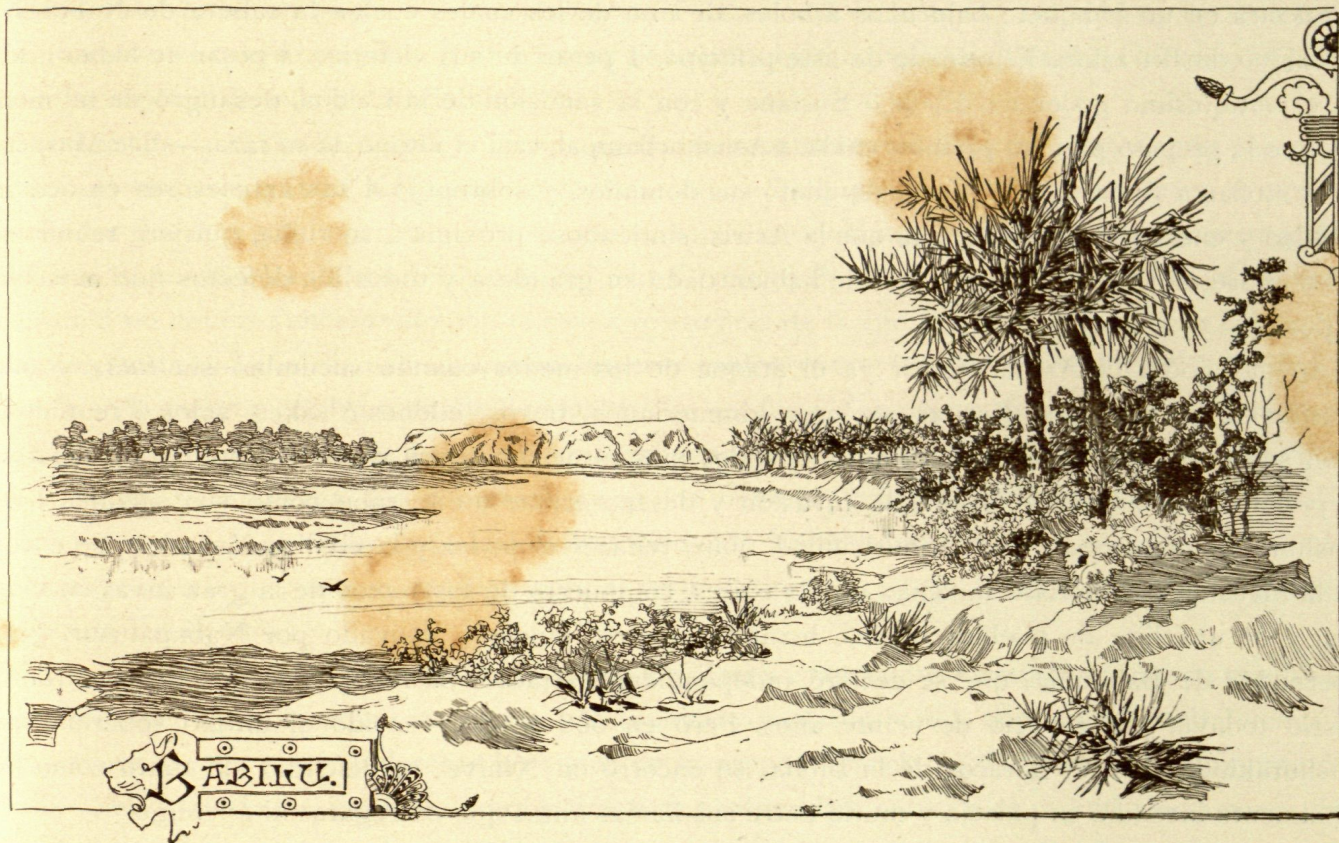


Fig. 600. — TELL ARTIFICIAL Y ALREDEDORES DE LA LLAMADA TORRE DE BAB-IL (SEGÚN THOMAS)

de sus arquitectos, cualquiera que fuese su procedencia; pagábalos con raciones de miel, vino y víveres, y él mismo vistió, para la colocación del primer ladrillo, el traje de los albañiles. A su impulso brotó de sus ruinas el templo de Bitzaggatu, donde imperaba Marduk, el protector de la ciudad, y las murallas y el castillo real se levantaron de nuevo y á mayor altura. Fuera de Babilonia, en Ashshur y en Accad, consagró Asarhaddón treinta y seis santuarios «chapeados de oro y plata y resplandecientes como la luz del día.» El palacio que construyó en Nínive, en el emplazamiento del antiguo Tesoro, sobrepujó á cuanto hasta entonces se había hecho. Para decorar las salas de ceremonias puso á contribución por igual las canteras de alabastro de los montes Gordiyanos y los bosques de la Fenicia; treinta y dos reyes de los hititas y de la costa del Mediterráneo enviaron á Nínive troncos de abeto, de cedro y de ciprés, aserrados y convertidos en gruesas vigas. Era el techo de madera de cedro tallada, sostenido por columnas de ciprés cinchadas con plata y hierro; levantábanse en los portales toros de piedra y las hojas de las puertas eran de ébano y ciprés con incrustaciones de hierro, plata y marfil. El palacio de Babilonia está hoy enteramente destruido y el de Kalakh, que fué comenzado con el botín de Egipto, no se acabó nunca. La vista de las largas avenidas de esfinges que precedían la entrada de los templos de Menfis impresionó vivamente á los conquistadores asirios. Asarhaddón imitó á los vencidos y casó la esfinge con los toros

y leones que decoraban el ingreso de sus edificios. La construcción del palacio duró tres años (671-669) y estaba ya terminado, pero tenía apenas esbozada la decoración, cuando Asarhaddon cayó gravemente enfermo en 669. Circuló la falsa nueva de su muerte por los países lejanos y reanimó el valor de sus adversarios. Taharqu ó Taharaka invadió el Egipto, venció á los asirios ante los muros de Menfis y se apoderó de la ciudad después de un mortífero sitio. El anciano rey, imposibilitado ya de acudir al campo de batalla, abdicó el día 12 de Iyar de 668 en favor de su hijo Ashshurbanipal y se retiró á Babilonia, donde murió poco después (667).»

Ashshurbanipal renovó los sanguinarios procedimientos de sus progenitores; su reinado fué una batalla perpetua alternada con suplicios y crueldades contra los vencidos. Un bajo relieve de la época le muestra en un banquete bajo unos árboles, de uno de los cuales cuelga la cabeza de Nabubelzikri, rey caldeo de Bit-Iakin. El reinado de este príncipe, á pesar de sus victorias, á pesar de haber acabado con el antiquísimo poder del Elam ó Susiana y con la sumisión de la Caldea, desangró de tal modo al país que le preparó para su próxima caída. «Ashshurbanipal, casi el último de su raza,—dice Maspero,—fué el monarca de su familia que más dilató sus dominios, y sobrepujó á sus antecesores en actividad, crueldad y energía; no parecía sino que la Asiria, sintiéndose próxima á su ruina, quisiera reunir en un solo hombre todas las cualidades que le habían dado su grandeza y todos los defectos que mancillaron su gloria.»

Apenas podía la Asiria resistir ya el ataque de los medos cuando sucumbió sin fuerzas ante la invasión de los bárbaros. Escitas, scolotes, kimmerianos, treros, edones ó sakes, solos ó reunidos, cayeron sobre el Asia occidental, como diez siglos más tarde los hunos sobre Europa, y no dejaron en pie poder alguno. Cuando pasada la invasión y desaparecidas no se sabe cómo sus salvajes hordas, Ashshuredililani, sucesor de Ashshurbanipal, quiso rehacer el poder y la civilización asiria, se encontró con la invasión del ejército inmenso de Kyaxares, compuesto de los restos de la gran invasión kimmeriana y de una liga de pueblos medos, manaitas y otros muchos, apoyado por Nabupalusur, general gobernador de Babilonia, que se declaró independiente. Atacada la Asiria por dos de sus fronteras, resistió todavía por espacio de veinte años. Pero en 608 ó 600, vencido el último soberano asirio, Ashshurakhiddín II, el Saracos de la Biblia, se encerró en Nínive, se defendió allí tanto como pudo, y finalmente incendió su palacio y murió entre sus llamas antes que entregarse al enemigo.

En esta última época el arte asirio está en completa decadencia; á ella pertenece la reconstrucción del antiguo palacio de Kalakh, que se hizo con descuidada y grosera decoración. Compónese el edificio de salas pequeñas, cuyos muros de adobes están cubiertos hasta un metro de altura por losas de caliza apenas desbastadas, sin esculturas ni inscripciones; por encima de ellas reviste sencillamente el muro un revoque de yeso toscamente aplanado.

Destruída Nínive, cayó para siempre el imperio asirio. «A los pocos años,—dice Maspero,—había pasado á la leyenda, y dos siglos después no se conocía ya con certeza ni siquiera el emplazamiento de la capital. Ciertamente que las demás grandes naciones de Oriente, como el Egipto y la Caldea, no habían perdonado á los vencidos en los días de su gloria: los Faraones de las dinastías tebanas devastaron el Africa y el Asia y se llevaron en cautiverio poblaciones enteras. Pero, por lo menos, á la par de su obra asoladora llevaron á cabo otra de civilización. Del Egipto y de la Caldea vinieron las artes y ciencias de la antigüedad; el Egipto y la Caldea nos legaron los primeros conocimientos serios de astronomía, medicina, geometría, y de ciencias físicas y naturales; cierto es que los monumentos de Caldea perecieron sin remedio, pero los de Egipto están aún en pie para probarnos á qué grado de perfección llevaron la arquitectura aquellos hijos primogénitos de la humanidad. En cambio, si pedimos á la Asiria algo que no sean conquistas, no podrá ofrecernos cosa alguna que no le hayan prestado sus vecinos. Tomó las ciencias de Caldea, las artes de esta misma nación y algo del Egipto, y su literatura científica

y religiosa de la Caldea también: lo único que en propiedad le pertenece es la ferocidad de sus generales y la bravura de sus soldados. Desde el día en que apareció en la historia, no vivió sino por la guerra y para la conquista; y cuando, agotada su población, no pudo alcanzar el triunfo en los campos de batalla, no tuvo ya razón de ser y desapareció. Reservóse Kyaxares la Asiria propiamente dicha y sus dependencias, Nabupalusur unió á la posesión de Babilonia la soberanía sobre el resto de la Mesopotamia, Siria y Palestina: hasta pretendió extender su dominio más allá del istmo y consideró á los reyes de Egipto como feudatarios de Caldea, de la misma manera que durante algunos años dependieron de Nínive. Dos grandes reinos salieron á la vez de las ruinas: el caldeo en las comarcas á que la historia del Oriente civilizado se había hasta entonces reducido, y el medo en las regiones casi desconocidas del Norte y del Este, en pueblos que comenzaban á nacer para la historia. Sea tolerancia ó sea mutuo temor, lo cierto es que se respetaron uno á otro y evitaron un choque, y su avenencia aseguró la paz del mundo por espacio de más de medio siglo.

»Después de la caída de Asiria, caldeos y medos se repartieron el Asia anterior. Según parece, por un trato anterior á la guerra Kyaxares concedió su hija á Nabupalusur, y por este motivo ú otro desconocido los dos nuevos imperios se respetaron mutuamente durante largo tiempo. Los medos guardaron para sí la Asiria y los países del Norte, del mar Caspio al Ponto Euxino, y hubieran llegado hasta el mar Egeo á no haberse encontrado con la osada resistencia de la Lidia, que los contuvo en el Halys. Al Mediodía constituyóse el llamado segundo imperio caldeo (625-536). No intentó éste extenderse al Oriente por la meseta del Irán, donde dominaban los medos y dominaron muy pronto los persas, pero hizo extensivas sus pretensiones á la Siria é intentó reivindicar la posesión del Egipto. Este supo defenderse y cerrar sus fronteras. No sucedió así con los hebreos; Sargón había tomado ya á Samaria y dominado á Israel, y el reino de Judá fué destruido por Nabukudurussur. Tiro escapó á la suerte de Jerusalén, gracias á su posición singular, pero el resto de Fenicia y toda la Siria septentrional cayeron en poder de Babilonia.

»Otro cambio sobrevino en la antigua Caldea: Ur, Ereck y tantas otras ciudades como en otro tiempo habían desempeñado sucesivamente el papel de capitales, quedaron bajo la supremacía de Babilonia. Era ésta residencia de los virreyes durante los siglos de la preponderancia asiria, y desde el momento de la caída de Nínive, sin haber perdido su población y su prosperidad, encontróse capital nuevamente de su imperio y las demás quedaron como capitales de provincia. Hacía siglos que Babilonia, á causa de sus continuas sublevaciones, sufría las devastaciones de los irritados asirios. Nabupalusur comenzó la obra de reparación, y Nabukudurussur, el héroe del segundo imperio caldeo, la prosiguió ardientemente en toda la duración de su largo y glorioso reinado. Nabukudurussur empleó en los trabajos á los numerosos cautivos asirios, judíos, egipcios y árabes que había hecho en sus guerras, y Babilonia, que no era más que una ciudad de segundo orden, convirtiéndose, gracias á él, en una de las más bellas ciudades del mundo entero. En su centro levantábase la gigantesca torre de Babel con sus siete pisos, coronada por la estatua de oro del dios, de cuarenta pies de altura, á la que se subía por una rampa elizoidal. El palacio real, que Nabukudurussur pretendía haber edificado en cincuenta días, era célebre por sus jardines pensiles, donde paseaban sin velo las mujeres del harem al abrigo de profanas miradas. El monarca restableció al mismo tiempo los canales que conducían las aguas del Tigris al centro de la ciudad y que unían este río al Eufrates; reparó los grandes depósitos donde los reyes de las antiguas dinastías recibían y almacenaban las aguas de las avenidas anuales; reconstruyó el puente por el que las dos mitades de la población comunicaban, y construyó el templo de Nebo en Barsip. Todos los recursos que poseían los ingenieros de la época los emplearon para proteger la capital. Rodeáronla, como también á Barsip, de un doble muro perforado por cien puertas cerradas con hojas de bronce, y tal era el espesor de la muralla que dos carros podían correr de frente sobre su cresta. Los distritos de los alrededores participaron también de las mejoras: se

limpió el depósito de Sippar, el canal real y una parte, al menos, del lago Pallacopas. Las riquezas hacíanadas en este rincón de tierra debían tentar á sus vecinos, y por otra parte las relaciones con la Media eran menos amistosas desde el día en que la Caldea intervino en los asuntos de la Lidia. Nabukudurussur, previendo una guerra próxima, trazó por delante de los grandes canales *el muro Médico*, cuya línea, apoyada sobre Sippar, cerraba por completo la especie de istmo formado en aquellos lugares por el Tigris y el Eufrates. Infatigable en sus empresas, Nabukudurussur fué para Caldea lo que había sido Ramsés II para Egipto, el constructor por excelencia. Trabajó sin descanso en todas las ciudades y en todos los templos: no hay al rededor de Babilonia un solo lugar en que no se lea su nombre y donde no puedan descubrirse huellas de su actividad. Su sucesor Amilmarduk (Evil-Merôdach) fué asesinado después de dos años de reinado (560) por su cuñado Nirgalsharussur (Neriglisor), que á su vez murió en 556 dejando por único heredero un niño llamado Labashimarduk (Laborosoarkhod). Nueve meses después de su advenimiento al trono, Labashimarduk fué muerto y reemplazado por Nabunahid (555). Con él acabó la casa de Nabukudurussur, y la imaginación popular, admirada de tal y tan rápida caída después de tanta grandeza, vió en este suceso la mano de Dios.....»

Si durante su reinado Nabukudurussur no había trabado luchas con sus vecinos de la Media, debíase al carácter pacífico del príncipe que reinaba entonces en Ecbatana; Ishturegu, á quien los griegos llamaron Astyages, hijo de Kyaxares, no fué educado como su padre para la vida de los campos de batalla. Salvo cortísimas campañas, no emprendió expedición alguna. Cruel y supersticioso, vegetó en el fausto de una corte oriental, rodeado de guardias y de eunucos, sin más pasatiempo que la caza en los parques de su palacio ó en los confines del desierto. La sublevación de su vasallo Kurush (Kyros ó Ciro) no le sacó de su letargo sino para arrebatarle la corona.... Cayó el imperio medo (549), pero más que extranjera conquista fué la de los persas triunfantes un cambio de dinastía. Astyages y sus predecesores habían sido reyes de los medos y de los persas, Kyros y sus sucesores fueron reyes de los persas y de los medos.

Las guerras de Kyros al oriente de su reino le ocuparon cinco ó seis años, de 545 á 539; á su regreso se preparó á marchar sobre Caldea. «La Caldea,—dice Maspero,—tenía la apariencia más que la realidad de enemigo temible: sus luchas incesantes contra Asiria la habían gastado lentamente, y el esfuerzo con que derribó á su rival, las batallas de Nabukudurussur y las discordias de sus sucesores acabaron por aniquilarla. La decadencia fué tan rápida como su elevación: treinta años después de la muerte del conquistador podía predecirse ya la caída inminente de su imperio. Nabunahid nada tenía de héroe y ni siquiera de soldado: era un monarca indolente y apacible, ocupado en el culto de los dioses mejor que en la conservación de las plazas y ejércitos. En los primeros años de su reinado reprimió algunas rebeliones insignificantes de Siria; cuando cayó el imperio medo quiso tener también su parte en los despojos y recobró la ciudad de Kharrán con el distrito inmediato. A esto se redujeron sus hazañas: prefirió emplear los recursos de su reino en construcciones. Donde quiera que hallaba un edificio arruinado, lo reparaba ó reconstruía enteramente: buscaba en los cimientos los cilindros que en ellos había tapiado el monarca que dedicaba el monumento para perpetuar la memoria de su obra, y era grande su satisfacción cuando merced á estas excavaciones podía conocer el nombre de un príncipe que había reinado centenares y hasta millares de años antes que él. En Larsam, en Uru y en Sippar restauró los monumentos de los antiguos caldeos. En tanto Kyros se engrandecía por momentos y los aliados de la Caldea iban desapareciendo unos tras otros: la Media primero y la Lidia luego. En el año 17 del reinado de Nabunahid los ribereños del Mediterráneo se sublevaron y nada hizo para reducirlos á la obediencia. Cuando los persas aparecieron en la frontera caldea, en 538, contando con el apoyo, no ya de los cautivos internados en Caldea sino también de una parte de la población indígena, Nabunahid apeló á los remedios supremos: mandó hacer sacrificios á Bel en expiación de los pecados del pueblo y

transportó á la capital los dioses más venerados..... No se intimidó Kyros por la llegada de esta guarnición divina, sino que en pocas semanas dió cuenta de sus adversarios. A primeros del mes de Tammuz franqueó el Tigris y batió á los caldeos cerca de la ciudad de Rutum; el día 14 entraron los persas en Sippar sin combate, y el 16, Gobryas, que los mandaba, se apoderó de Babilonia sin resistencia; Nabunahid fué entregado por los suyos y murió algunos días después. Sepultáronle con los honores debidos á su rango, y durante una semana la ciudad entera vistió luto por su antiguo dueño. Pasado este plazo Cambises, hijo de Ciro, sacrificó á los dioses del país y tomó solemnemente posesión del gobierno en nombre de su padre.»

El imperio entero caldeo-asirio con todos sus dominios cayó de pronto y sin sacudidas en manos de los persas, extinguiéndose bajo el poder de éstos.

CIVILIZACIÓN.—Según Maspero, cuando los Shumero-Accadianos llegaron á orillas del Eufrates, constituídos en cuerpo nacional, poseían ya la escritura, las principales industrias necesarias á la vida civilizada y un conjunto de leyes y religión completo. Era su escritura en un principio puramente jeroglífica, es decir, que cada signo figuraba el objeto de que se quería hablar, ó, en las ideas abstractas, el que más analogía tuviera con ellas. Así para expresar la idea de Dios tomaban la estrella de ocho puntas y para la del rey recurrían al signo de la abeja. Según el mismo autor, por la falta de conocimientos artísticos de los escultores y de los escribientes, á medida que la escritura se hizo vulgar alteróse más y más la representación de las figuras y llegó á hacerse imposible distinguir, entre el conjunto de trazos agrupados en formas convencionales, el tipo de los objetos que en un principio representarían. Afortunadamente, cuando ocurrió esta confusión no había ya necesidad de reconocer el objeto para leer su carácter representativo. El signo de la estrella, por ejemplo, irregular y formado por trazos en forma de cuña, recordaba maquinalmente la idea de Dios y ésta evocaba la de la palabra correspondiente, que era *An*. Así fué cómo también la estrella de cuñas, en que apenas se distingue la forma primitiva, vino á representar la sílaba *an* en una porción de palabras que nada tienen que ver con la divinidad *An*, que en un principio representaba. Agrupando varios signos de esta clase formáronse palabras escritas cuyo sonido se debía, en parte, á la pronunciación de un signo, y en parte, á la de otro ú otros. Tres trazos cuneiformes verticales, por ejemplo, representan otras tantas gotas y significan *agua*, que se lee *a*; añadiendo este signo al que representa la estrella, cuyo significado es *An* (Dios), se forma un nuevo grupo de trazos, que se lee *aan* y que quiere decir *lluvia*. Naturalmente, el sistema presenta graves inconvenientes. Un mismo signo puede tener valores fonéticos varios y leerse de consiguiente de varias maneras distintas; de donde resulta que la escritura cuneiforme, así llamada por sus grupos de trazos en forma de cuñas, tiene muchos signos *polifonos*. De entre todos los sonidos que por el signo se representan ha de elegir el lector el que le indique la marcha general de la frase y la posición del signo, es decir, que por el sentido de la oración se da al signo el valor fonético que más parece convenirle. Era tal la oscuridad ocasionada por esta polifonía que los mismos asirios y babilonios se perdían en un cúmulo de interpretaciones distintas de una misma inscripción. «Para tener una prueba de ello, basta que nos fijemos,—dice Lenormant,—en el gran número de fragmentos de silabarios y vocabularios gramaticales trazados sobre tablillas de tierra cocida, destinados á revelar los arcanos del sistema gráfico nacional, recogidos en gran abundancia en las ruinas de Nínive. Más de la mitad de los monumentos que de la escritura cuneiforme poseemos son otros tantos guías que pueden servirnos para descifrar la mitad restante, y los consultamos exactamente como lo hacían dos mil quinientos años atrás los estudiantes del antiguo país de Ashshur.»

Ya también desde su principio parece que estaba desarrollada la civilización que podríamos llamar material. Los signos de los metales usuales y de los metales preciosos forman ya parte de los jeroglíficos más antiguos y prueban que los primeros habitantes de Caldea poseían el arte del fundidor y del aurífice.

Las tumbas de épocas más remotas por nosotros conocidas encierran objetos de oro, de bronce y hasta de hierro; cuchillos, hazuelas, segures, brazaletes y pendientes. «Al lado de éstos, —dice Lenormant,— se hallan empleados en competencia instrumentos y armas de sílex tallado y pulimentado, puntas de flecha, hachas y martillos. El metal más común es el bronce, de que son todos los instrumentos metálicos. El hierro escasea más y parece tener todavía el carácter de metal precioso por la dificultad de beneficiarlo; en vez de hacer con él herramientas para el trabajo, se labraban brazaletes y otros adornos ordinarios.»

De otras industrias, tales como las textiles, nada nos ha quedado, según Maspero. No obstante, por los trajes de las figuras de los bajos relieves y estatuas y por las alusiones multiplicadas de los escritores griegos, algo se puede deducir del estado y procedimientos de estas industrias famosas en la antigüedad (1).

La constitución política y la legislación de la antigua Caldea nos son casi completamente desconocidas. El único fragmento que poseemos del derecho dominante en aquella remota época es bastante confuso y se presta á interpretaciones diversas. Según la hipótesis más verosímil, trata de los casos en que condenado judicialmente un individuo de una familia, podían los restantes desentenderse de sus lazos de parentesco y quedaban en libertad de aplicarle la ley en todo su rigor. Cuando por un fallo judicial se permitía al marido divorciarse de su esposa, debía ésta pagarle media mina de plata á modo de indemnización. Por el contrario, si la mujer á quien faltaba su marido recibía del tribunal la facultad de repudiarlo, echaban al desgraciado al río. En casos determinados estaba autorizado el hijo para renegar de su padre ó de su madre, y al padre culpable se le rapaba la cabeza y podía ser vendido como esclavo; así como á la madre la condenaban á reclusión perpetua.

Los primitivos caldeos representaban la tierra como una barca volcada y hueca por debajo, pero no una barca de la forma prolongada hoy tan común, sino como una especie de cuba redonda que nos representan los bajos relieves y que hoy todavía sirve á los naturales del país para navegar por los pantanos y los ríos. En el hueco inferior se ocultaba el abismo, morada de la muerte y las tinieblas. Sobre el declive de la superficie convexa extendíase la tierra propiamente dicha, rodeada por todas partes por el río Océano (Abzu), y el centro de la superficie del mundo lo constituía la Caldea. Mucho más allá del Tigris levantábase la montaña de los países, Kharsag Kalamma, montaña santa ó montaña de los dioses, que unía el cielo á la tierra. Anna, el cielo, tenía la apariencia de un vasto casquete esférico, cuya parte inferior descansaba sobre la prolongación sumergida de la barca terrestre, más allá del río Océano. El firmamento, desplegado como un toldo por encima de la tierra, giraba como sobre un quicio alrededor de la montaña de Oriente y arrastraba en su curso perpetuo las estrellas fijas, sembradas en su bóveda. Entre el cielo y la tierra circulaban en la región más lejana de ésta los siete planetas, especie de animales enormes dotados de vida; luego, en regiones más próximas, se mantenían las nubes, los vientos, el rayo y la lluvia. Descansaba la tierra sobre el abismo y el cielo sobre la tierra.

Este universo, compuesto de tres partes, lo poblaban multitud de seres y razas diversas, circunscritas unas, como la del hombre y las de los animales, á reducido espacio del gran todo, y extendidas las otras indistintamente por todas las regiones del mundo, como los espíritus y los dioses. Los espíritus son en la teogonía caldea personificación de las fuerzas buenas, malas ó indiferentes de la naturaleza: el bien y el mal se rigen por su voluntad, y á ella están sujetos los cuerpos celestes en su marcha por el espacio; dividen las estaciones, hacen que sople el viento y sueltan las lluvias, hacen que germine el grano y crezcan los sembrados, y protegen ó matan á todo ser viviente. Los dioses (*an*, *dingir* ó *dimir*) son espíritus superiores que presiden las grandes divisiones del mundo y los más importantes fenómenos de la naturaleza. En cada una de las tres grandes regiones del universo reina un dios supremo: Anna en el

(1) Bajo este concepto es curioso un estudio publicado en la *Revue archeologique*, 1887.

cielo, Ea en la tierra y Mullilla en el abismo. Anna, el espíritu del cielo, era á la vez cuerpo y alma del cielo, el cielo material y la inteligencia que regula la materia terrestre. Ea, el espíritu de la tierra, reina en su superficie y en la atmósfera, pero su morada predilecta es el río Océano y se le atribuye á veces el ser hijo de la diosa Riah, que representa el fluido por excelencia ó sea el agua. Lllaman también á Ea «el pez sublime ó el gran pez del Océano,» que recorre su imperio en una barca simbólica, maniobrada por los dioses de su familia. Acompañañale Damkina ó Davkina, diosa que personifica la tierra: el dios Ea se tiende sobre ella, la fecunda y de su unión nacen las aguas materiales, bajo cuya acción reverdecen los campos. Mullilla y su forma femenina Ninlilla reinan en el abismo infernal y reciben las almas al salir de la vida terrestre. Llegan éstas á la otra parte del río eterno, al pie de la gran montaña de Occidente, detrás de la cual se oculta el sol, y penetran en el Kurnudé, «país inmutable,» en la región «de donde no se vuelve jamás, morada donde se entra para no salir, camino por el que se desciende sin retroceder, estancia en que siempre va uno más allá, prisión, lugar en que para aplacar el hambre y la sed no se halla otro alimento que el polvo y el fango, albergue en que jamás penetra la luz y donde las almas ó sombras vagan errantes por las tinieblas y llenan la bóveda infernal como pájaros.» No hay allí recompensa para los justos ni castigo para los impíos: el premio del bien y el castigo del mal comienzan y acaban en la tierra. No obstante, de un rincón del abismo brota una fuente de vida que los genios infernales ocultan á los manes: solamente á los dioses les es permitido llegar allí y devolver á la tierra el alma que ha bebido en sus aguas.

Por debajo de los grandes dioses pulula una multitud innumerable de dioses y de espíritus, en guerra continua unos contra otros. El dios del sol diurno, Utu ó Babbar, «desvanece la mentira, disipa las malas influencias y descubre las asechanzas de los malvados.» «Sol que brillas en lo profundo de los cielos,—le dicen,—tú descorres los cerrojos que cierran los cielos elevados, tú abres la puerta del cielo. Sol, vuelves tu faz hacia la superficie de la tierra y te extiendes sobre ella para abrigar la inmensidad de los cielos.» El fuego, Bilgi ó Gishbar, superior al Sol, es «el pontífice supremo en la superficie de la tierra,» ya arda en la hoguera del sacrificio ó brille en el hogar doméstico. «Yo soy,—le hacen decir,—la llama de oro, la grande, la llama que brota de las cañas secas, la insigne sustancia criada por los dioses, la llama de cobre protectora que lanza sus lenguas de fuego: yo soy el mensajero de Merudug.» Merudug, «el que dispone el bien de los hombres,» es hijo de Ea y mediador entre su divino padre y la humanidad doliente; él es quien publica los decretos de Ea y revela el gran nombre, «el nombre misterioso que ahuyenta á los demonios. ¿Quién se sustrae á su granizo? Su voluntad es un decreto sublime que tú estableces así en el cielo como en la tierra.... Señor, tú eres sublime: ¿quién te iguala?»

Los demonios y espíritus malos se escapan del infierno; se deslizan por todas partes y se disfrazan de mil maneras para dañar al hombre y á los espíritus bienhechores. Tienen unos rango de semidioses y los llaman *mas* ó combatientes; están otros agrupados jerárquicamente en clases de siete, tales como los *alal*, destructores, los *telal*, guerreros, y los *maskim*, que tienden asechanzas, «que se ocultan en lo más profundo del abismo y en las entrañas de la tierra, no son machos ni hembras, no tienen pareja ni procrean.» Algunos de ellos atacan el orden general de la naturaleza y se esfuerzan en revolucionar el universo; otros se mezclan con los hombres para incitarles al mal, «penetran de casa en casa, se deslizan por las puertas como las serpientes. Impiden que el esposo fecunde á la esposa; roban al hijo de las rodillas del padre; hacen que huya la mujer libre de la casa en que ha parido... y el hijo de la casa de su padre.» Vivían estos espíritus con preferencia en lugares desiertos, de donde no salían sino para asaltar al hombre y á los animales; se introducían en el cuerpo y desarrollaban en él las enfermedades. La peste y la calentura, los fantasmas, espectros, vampiros, incubos y súcubos, eran otros tantos seres distintos pertenecientes á esta terrible falange. Expuesto siempre á sus ataques, era el hombre un viajero perdido en tierra desconocida en medio de tribus salvajes. Para defenderse debía recabar su alianza con los dioses

y los espíritus, proporcionarse armas ofensivas ó defensivas contra los demonios, y en una palabra, valerse de la «magia.» El culto de los primitivos habitantes de Caldea es realmente una magia en que los himnos á los dioses toman siempre la forma de encantamientos ó invocaciones y el sacerdote viene á ser en realidad un brujo.

Junto á este pueblo singular nos dan á conocer los monumentos otra raza de temperamento y tendencias diferentes. La lengua que hablaba tiene un parentesco cercano con el hebreo, el árabe y los demás idiomas semíticos. Es su origen oscuro: mientras la mayor parte de los autores lo creen procedente del Norte y del Oriente y nos lo representan como establecido en su principio en Armenia, al pie del Ararat, en la región comprendida entre las altas riberas del Tigris, del Eufrates y del Kyros, le sitúan otros hacia el Sur, en la península de la Arabia. Los monumentos más antiguos nos lo muestran establecido ya á orillas del Tigris, del Eufrates y del golfo Pérsico. La porción más importante vivía en el espacio comprendido entre los dos ríos, junto con los primitivos dueños del país, y vino á ser después el elemento preponderante de la población caldea. La religión de los nuevos colonizadores difería sensiblemente de la de los antiguos señores del país. Adoraban éstos la Luna como dios supremo y no tenían, propiamente hablando, más que una sola diosa, Ishtar, reina del amor y de la guerra, divinidad de la Luna y del planeta Venus: había tantas Ishtar como centros religiosos. Los semitas exaltaban al Sol por encima de los demás dioses y reunían en su sola persona el principio masculino y femenino. Anu, el dios del cielo, se duplicaba en Anat; Bilu ó Bel, el señor, en Belit ó Beltis, y Marduk en Zarpanit. La fusión entre las ideas religiosas de los semitas y las de sus predecesores se operó lentamente en circunstancias que nos son todavía desconocidas. Los semitas adoptaron á la vez todo el panteón antiguo é identificaron algunas de sus divinidades con otras del nuevo: Utu, el sol, se convirtió en Shamash, Mullilla en Bilu y Merudug en Marduk. Pero en su mayor parte conservaron el nombre antiguo ó apenas lo modificaron. Clasificaron los dioses inferiores entre los trescientos espíritus del cielo y los seiscientos de la tierra, sin perder casi ninguno de sus primitivos atributos. Así modificada, la religión se convirtió en una mezcla incoherente de nociones muchas veces contradictorias, tomadas, en parte, de los rituales de los espíritus y de las supersticiones mágicas de las tribus no semíticas, y en parte, de los cultos solares y de las concepciones astronómicas de los semitas.

Al principio no estaban aún los dioses agrupados y distribuidos según una categoría regular. Coexistían sin subordinarse unos á otros y cada uno de ellos tenía sus fiestas preferentes en una ciudad ó en una comarca: Anu, por ejemplo, en Uruk, Bel en Nipur, Sin en Uru y Marduk en Babilonia. Reguláronse después el orden y la importancia de los dioses por los vaivenes y azares de la política: la ciudad más fuerte imponía el dominio de su dios á los demás dioses. Sin, el dios luna, fué el predominante en tiempo de la supremacía de Uru, y Shamash, el dios sol, en tiempo de la supremacía de Larsam. Parece que, como en Egipto, la unidad del poder civil trajo consigo la concepción de la unidad divina. Los diferentes dioses se convirtieron ó tendieron á convertirse en fuerzas y diversos aspectos de un solo dios, que era el de la ciudad soberana. Algunas escuelas, como la de Eridu entre otras, proclamaron la unidad absoluta de la divinidad y dirigieron sus oraciones al dios único. Pero sus doctrinas no prevalecieron y pronto desapareció este culto, más de tres mil años antes de nuestra era. En tiempo de Shargina I, rey de Agadé, y de su hijo Naramsín, tenían ya los sacerdotes un sistema regular, en que los dioses, en lugar de hallarse colocados en una misma línea, estaban subordinados unos á otros. A los cultos independientes había sucedido una especie de religión oficial que de allí en adelante reinó sin rival sobre la Caldea y la Asiria.

En la cúspide de la jerarquía divina reinaba la suprema tríada de Anu, Bilu (Bel) y Ea. En los monumentos, Anu (cielo), «el antiguo padre de los dioses, señor del mundo inferior, rey de las tinieblas y de los tesoros ocultos,» se nos presenta con la figura de un hombre con cola de águila y una monstruosa

cabeza de pez sobre la suya; cáele el cuerpo del pez por la espalda hasta la cintura. Bel, «el demiurgo, señor del mundo, rey de todos los países y soberano de las almas,» está sentado en un trono. Tiene Bel dos formas secundarias: Bel-Marduk, segundo demiurgo, en Babilonia, y Bel-Dagán, con cuerpo de pez y cabeza humana. Ea, «el guía inteligente, señor del mundo visible, rey de las ciencias, de la gloria y de la vida,» *el Espíritu llevado sobre las aguas*, es un genio con cuatro alas desplegadas como los querubines. Cada uno de estos dioses da origen á una divinidad femenina, que es su forma pasiva y su reflejo: Anat (Anaitis), Belit (Beltis, Militta) y Davkina (Danke). Anat, Belit y Davkina, menos vivaces que sus asociados masculinos, confúndense fácilmente unas con otras y se reúnen bajo la forma de una diosa única que toma el nombre de Belit y representa el principio femenino de la naturaleza, la materia húmeda y fecunda.

La primera tríada encierra únicamente seres de carácter vago é indeterminado; la segunda contiene personajes claramente definidos, emanaciones y símbolos de los precedentes. Se compone del dios lunar Sin, del dios solar Shamash, y del dios de la atmósfera Ramanu. Los caldeos concedían el primer lugar al dios Luna y el segundo solamente al dios Sol. Sin, el luminoso (Nannaru), era para ellos «el jefe, poderoso y brillante,» y también «el señor de los treinta días del mes.» Shamash es «el gran motor regente y árbitro del cielo y de la tierra.» Ramanu (Mermeru), «ministro del cielo y de la tierra, distribuidor de la abundancia y señor de los canales,» reúne funciones á la vez bienhechoras y terribles: «rey de la tempestad, del huracán, de la inundación y del rayo,» blandía, como espada de fuego, la centella de cuádruple dardo. Después de esta segunda tríada siguen cinco dioses, que concedían como protectores á los planetas: Ninip (Saturno), Marduk (Júpiter), Nergal (Marte), Istar (Venus) y Nabu (Mercurio). Ninip, llamado también Sandannu el poderoso, viene á ser el Hércules asirio: es el que los bajos relieves representan como un gigante ahogando un león entre sus brazos, y por tanto le prodigan los títulos más enérgicos, tales como «el terrible, rey de los héroes,

señor de la fuerza, destructor de los enemigos, que castiga á los desobedientes y extermina á los rebeldes y gobierna por el hierro.» Marduk llegó á ser más adelante el dios principal de Babilonia y se confundió con Bel. Titulan á Nergal «el gran héroe, rey de los combates, señor de las batallas y campeón de los dioses;» tiene cuerpo de león y cabeza ó busto humano. Istar, como Anat y Belit, personifica la naturaleza. En uno de sus atributos es guerrera, «reina de la victoria,» y «juzga las hazañas de la guerra;» como tal se la ve de pie sobre un león ó sobre un toro, lleva la tiara estrellada y va armada del arco y del carcaj. Es también diosa de la voluptuosidad y de la generación y toma el nombre de Zirbanit ó Zarpanit, «productora de seres;» represéntanla, en tal caso, de frente, desnuda y con las manos apretadas contra el seno. Nabu, por fin, es «el capitán del universo, ordenador de las obras de la naturaleza, que dispone la sucesión de la salida y puesta del sol;» considerábanle como tipo de bondad y modelo al que los reyes debían esforzarse en igualar. Los dioses de los cinco planetas, unidos á los de las dos tríadas y al dios soberano, componían el consejo supremo de los doce dioses, señores de los cielos, que presidían los doce meses del año y los doce signos del Zodíaco. Su culto se hallaba extendido por todo el país y

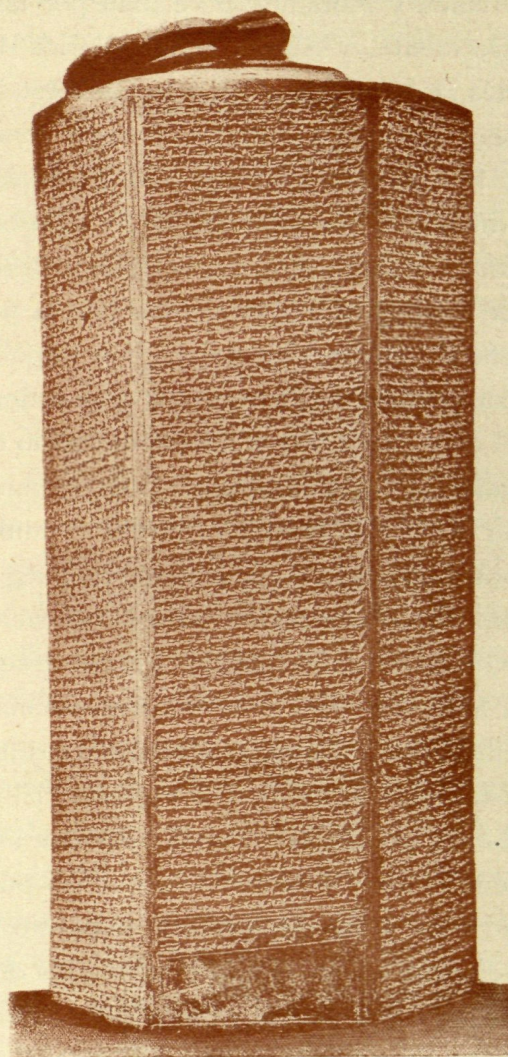


Fig. 601.—PRISMA DE BARRO COCIDO CONMEMORATIVO DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN EDIFICIO, CONTENIENDO LOS ANALES DEL FUNDADOR (MUSEO BRITÁNICO)

formaba el fondo de la religión oficial; pero junto á ellos veneraba la piedad popular cierto número de divinidades secundarias. Algunas de ellas eran realmente nombres dobles de las divinidades de primer orden, á las que la tradición local atribuía personalidad distinta: Zagar es una calificación de Ninip, y Belit-Balati, «señora de la vida,» es un epíteto de Belit animada. Pero otras muchas eran verdaderas personalidades y desempeñaban funciones de cierta importancia, presidían las constelaciones como Asmún y Kummur, ó velaban por las cosechas como Serakh; Bau era el Caos; Martu, hijo de Anu, el Occidente, y Shutu el Sur. Varios de ellos los tomaron de los pueblos vecinos, tales como los susianos. Los treinta y seis decanos estaban representados por otros tantos dioses que llamaban «dioses secundarios.» «De estos dioses secundarios,—dice Diodoro de Sicilia,—la mitad habita debajo de tierra y la otra mitad encima para guardarla: de diez en diez días uno de ellos pasa como mensajero de la mitad superior á la inferior, y otro en invariable cambio pasa de ésta á aquélla.» Esta ingeniosa y metódica combinación no bastaba á la fe supersticiosa de los pueblos caldeos. Los ritos del antiguo culto de los espíritus, eliminados por la nueva religión, subsistieron en la magia y formaron, al lado de la oficial, una especie de religión popular tan sólidamente organizada como la otra. El sacerdocio mágico comprendía tres clases: los conjuradores, los médicos y los teósofos. Trataban los sacerdotes de «desviar el mal y procurar el bien por medio de purificaciones, sacrificios ó encantamientos.» Los ritos y encantamientos que empleaban nos los han conservado en fragmentos los restos de una gran obra guardados en el British Museum. Estaba dividida en tres libros. El primero, ó de los *Malos espíritus*, contenía las oraciones contra los demonios; el segundo está lleno de exorcismos contra las enfermedades y el tercero de himnos misteriosos para la evocación de los dioses. El influjo de la más eficaz de las fórmulas preservadoras emanaba del «gran nombre supremo» de la divinidad, que sólo Ea conoce y cuya ciencia comunica á Merudug. Los encantamientos tenían por complemento necesario los talismanes de diversas especies, cintas ó vendas de tela atadas á los muebles ó los vestidos, y fetiches de madera, piedra ó barro cocido, estatuillas de monstruos y genios. El portador ó dueño de amuletos era inviolable hasta para los mismos dioses, porque el talismán «era una linde que no se arranca y de la que los mismos cielos no pasan; mojón del cielo y de la tierra que no puede removerse y que dios alguno no ha desarraigado; barrera que no cede y que se opone al maleficio.» Hay en el Louvre una estatuilla de bronce que representa un demonio con cuerpo de perro, pies de águila, manos armadas con las uñas del león, cola de escorpión, calavera por cabeza y cuernos de cabra, además de dos grandes alas desplegadas que nacen de su espalda: es un talismán. Una inscripción grabada á lo largo de la espalda nos dice «que este bonito personaje es el demonio del viento del Sudoeste» y que bastaba colocar la imagen á la puerta ó á la ventana de una casa para alejar de ella los espíritus perversos.

Al lado del mágico de acción bienhechora estaba el encantador que evocaba los demonios con criminales intenciones, el hechicero y la hechicera, el agorero y el que hacía los filtros. El brujo caldeo, como sus cofrades modernos, vendía venenos y desencadenaba con sus imprecaciones los espíritus del abismo. «La imprecación sobre el hombre como un malvado demonio.... la imprecación maliciosa es origen de la enfermedad.» Se suponía que todo enfermo estaba hechizado y no podía curar sino por un conjuro contrario al de que era víctima. Por eso, propiamente hablando, no había médicos en Babilonia, sino sacerdotes brujos que vendían filtros y amuletos contra las enfermedades. Sin duda alguna, por centenaria experiencia conocían las virtudes de gran número de plantas y sustancias medicinales, y sus brebajes y sus polvos mágicos eran verdaderos remedios aplicados á las distintas enfermedades. Pero polvos y brebajes no podían obrar por sí solos sin encantamientos, y si el enfermo curaba, el encantamiento y no el remedio se llevaba los honores de la cura.

Como ya hemos indicado, la astronomía estaba constituida como verdadera ciencia en Caldea desde los más remotos tiempos, y sus primeros progresos pertenecían á la época legendaria; en la época del

primer imperio estaba allí mucho más adelantada de lo que jamás estuvo en Egipto. Todos los progresos que en aquella ciencia podían hacerse sin otros instrumentos ópticos que los fundados en la simple vista, los llevaron á cabo los caldeos; reconocieron el movimiento anual del punto equinoccial en la eclíptica, descubrimiento que se atribuye á Hipparco, pero, privados de instrumentos de precisión, como él lo calcularon mal; creían también haber observado que la precesión anual era de 30'', cuando en realidad es de 50'', y sobre esta base fundaron el sistema de un gran ciclo ó período astronómico de 43,200 años solares, que representan, según sus cálculos, el período total de la precesión, cuando en realidad es de 26,000; las divisiones de este período astronómico, llamadas *sara*, *nera* y *sosa*, les servían para sus cálculos cronológicos.

Las matemáticas estaban muy adelantadas en Caldea, cosa que ya puede deducirse por el grado de adelanto de la astronomía; pero hay otra prueba inmediata, material y positiva: una tablilla de barro cocido descubierta en las ruinas de Larsam y conservada en el Museo Británico, que contiene una lista de los cuadrados de los números fraccionarios desde $\frac{1}{60}^2$ hasta $\frac{60}{60}^2$ ó $\frac{1}{60}$ calculados con perfecta exactitud.

La religión asiria derivaba, como casi todo el resto de su civilización, de Caldea; de allí debía proceder también el sistema de gobierno despótico ninivita. «El rey,—dice Lenormant,—no era considerado en Asiria de divino origen como en Egipto; los monumentos de Nínive y de las ciudades vecinas no nos ofrecen vestigio alguno del culto religioso que los monumentos faraónicos nos presentan como tributado á los soberanos, y ni siquiera se hallan vestigios de apoteosis para después de la muerte: consideraban simplemente al rey como un hombre, pero que reunía en sus manos el doble poder espiritual y temporal, era á la vez soberano pontífice y autócrata; llamábanle «vicario de los dioses en la tierra,» y su autoridad, como emanada de divino origen, era absoluta sobre las almas y cuerpos de sus súbditos.»

Los monumentos nos ponen á la vista la vida de la corte ninivita, cuya representación alterna con la de guerras, que engrandecen sin cesar la extensión de la monarquía. En su palacio, que era al propio tiempo ciudadela, rodeaba al rey de reyes numerosa corte en que los eunucos ocupaban los primeros lugares. El jefe de ellos ejercía vigilancia general sobre todo lo de la corte, como el *Kizlaraga* ó jefe de los eunucos negros la ejerce todavía en Constantinopla; era después del soberano el primer personaje del imperio, seguía al rey á la guerra junto con el jefe de los sacerdotes y la corte entera, comprendiendo las mujeres, que iban detrás del ejército en *arabas* cuidadosamente cerradas. Además, entre los grandes oficiales de la casa real figuraban el gobernador de palacio, el copero mayor y el jefe de los guardias, encargado de las funciones de gran preboste y de la dirección de las ejecuciones capitales. Estos oficiales de palacio, dependientes inmediatos de la persona del rey y dedicados á su íntimo servicio, son al mismo tiempo los primeros personajes del imperio y los jefes del gobierno. Forman así una especie de consejo de ministros que dirige la administración del imperio bajo la alta autoridad del rey, que muchas veces se entregaba á la voluptuosidad del harem, indiferente á los negocios del Estado. Pero no ejercen sus funciones por título de herencia, como en una monarquía feudal: su nombramiento dependía exclusivamente de la gracia del soberano, cuyos caprichos iban á veces á buscarlos en las últimas clases del pueblo y los precipitaban acaso en un instante en la nada desde la cumbre del poder.

La nación asiria se componía de provincias directamente gobernadas por los soberanos y de las feudatarias ó vasallas, que tenían sus príncipes propios, su religión y sus leyes. Los gobernadores ó sátrapas de las primeras dependían directamente del soberano, cobraban los impuestos, mandaban las guarniciones militares de su provincia, hacían las levadas y organizaban el contingente anual para el ejército. Les asistían un juez superior y un intendente de hacienda. Quedaban sometidos á éstos una serie de funcionarios de segundo orden, el último de los cuales era el administrador local de cada población, especie de alcalde que presidía el consejo municipal, del que dependía la aprobación de sus actos.

La administración central disponía de un numeroso cuerpo de escribas, burocracia complicadísima y

sabiamente organizada. Parece que los pueblos de distintas razas que el imperio comprendía estaban divididos en tres grupos, regidos por leyes y cancillerías distintas, y que hablaban tres lenguas diferentes. Tenían los asirios una institución de autoridad que les era propia, los llamados *eponimos*, que en cierto modo equivalían á lo que fueron después los cónsules en tiempo del imperio romano. El rey era también jefe supremo del ejército, pero aun en el caso de tomar personalmente el mando había en cada ejército un generalísimo, que en asirio llamaban *tartan*, especie de ministro de la Guerra. Componíase el ejército de las tropas propiamente dichas, que eran asirias y constituían el núcleo de la fuerza, y cuerpos



Fig. 602. —TABLILLA DE BARRO COCIDO PERTENECIENTE Á UN LIBRO Ó DOCUMENTO DEL TIEMPO DE TIGLATPHALASAR (MUSEO BRITÁNICO)

secundarios de las naciones feudatarias. Parece que todos los asirios estaban sujetos al servicio militar durante cierto período de su vida, volviendo después á su hogar doméstico.

No había en Asiria castas, ni aristocracia hereditaria constituída de un modo estable.

La administración de justicia no nos ha dejado documentos abundantes, pero sabemos que en materia criminal los procedimientos eran breves y los castigos crueles. La decapitación no era la mayor pena: la constituían la crucifixión y el empalamiento; estaba en uso el tormento para las declaraciones y las mutilaciones ó el arrancar los ojos como penas secundarias. Algo más sabemos de las leyes civiles por los muchos contratos que hasta nosotros han llegado, trazados en las tablillas de arcilla de que varias veces hemos hablado. La propiedad territorial estaba garantida civil y religiosamente, el catastro perfectamente establecido, y las leyes de obras públicas, en especial las relativas á los numerosos canales que cruzaban el país, daban lugar, por el gran interés del asunto, á vivas contiendas judiciales.

La poligamia estaba admitida en todas las clases de la sociedad. La esclavitud y la venta de esclavos existían, pero con rigurosas formalidades.

Era el asirio un pueblo rudo y guerrero, de tipo robusto y vigoroso, de musculatura extraordinaria-

mente desarrollada, pero no de gran talla. Intrépidos en los combates y feroces en la victoria, sanguinarios y dados al pillaje, infatigables en las privaciones, orgullosos hasta creerse superiores a todos los pueblos de la tierra, inclinados al dolo y á la traición, dominadores, activos y perseverantes, resistieron sin afeminarse el largo imperio que ejercieron sobre el mundo civilizado.

Eran los asirios por naturaleza religiosos, aunque no tanto como los egipcios, y de raza tan inteligente como guerrera y apta para todos los ramos de la civilización.

El suelo de la Mesopotamia era, como ya hemos dicho, sumamente fértil, y la agricultura se hallaba muy adelantada, así como la industria. En su mayor parte Asiria había aprendido de Caldea en estos ramos, como en otros muchos de la civilización. Las telas de Asiria, de brillantísimos tonos, eran célebres

en el mundo antiguo, y sobre todo lo eran los maravillosos bordados con figuras humanas y simbólicas, procesiones de animales, follajes, símbolos divinos y flores. El traje talar de los asirios de alto linaje estaba ricamente adornado con estos bordados, que reproducen los bajos relieves de la época.

Entre los usos más notables de los asirios, conservados todavía hoy en las cortes orientales, figuraban esas grandes cacerías que nos reproducen como decoración arquitectónica los bajos relieves. En las estepas, donde el riego no era posible, en las inmensas llanuras desiertas de la Asiria, y quizás en parques reales reservados al efecto, abundaban los leones, onagros, toros salvajes, los cérvidos, los avestruces y otros muchos animales. Los soberanos ninivitas llevaban á sus cacerías un verdadero ejército, como si

fueran á una batalla; detrás de los cuadros formados por las tropas, ó protegido por empalizadas, esperaba el rey á que empujaran las piezas hasta su movable fortaleza, para poder tirar sobre ellas á su sabor, matando así con facilidad relativa gran número de fieras. Los bajos relieves nos muestran á los soberanos luchando con ellas cuerpo á cuerpo y venciéndolas heroicamente. Le-normant cree que debe haber alguna exageración en este heroísmo de los reyes.

La literatura se hallaba muy desarrollada en el imperio asirio-caldeo; las inscripciones y documentos históricos sumamente extensos que nos han quedado en los monumentos, y que nos refieren en detalle los anales de los reyes fundadores, conservan, aun á través de la traducción, vigor en su desarrollo y atrevidos giros. El estilo es grandioso, la frase firme y nerviosa, las metáforas atrevidas y justas y poética la expresión del pensamiento; anima estas crónicas una especie de aliento poemático de que gustaba el orgullo de los soberanos del gran imperio.

Los restos que conocemos de los libros propiamente dichos de la antigüedad asiria los halló en sus excavaciones Layard y provienen de la biblioteca fundada por Ashshurbanipal en una de las salas de su palacio de Nínive. Esta singular biblioteca se componía exclusivamente, como ya hemos indicado, de tablillas planas y rectangulares, de barro cocido, llevando en cada una de sus caras una página de escritura cuneiforme cursiva, muy fina y apretada, que habían grabado en la arcilla húmeda. Venía cada una numerada y formaba la hoja de un libro, cuyo conjunto lo constituían una serie de tablillas parecidas. La mayoría de las tablillas que de la biblioteca de Ashshurbanipal nos quedan la guarda el British Museum y contiene una vasta enciclopedia gramatical. Por el texto de una de ellas supónese hoy que la biblioteca era pública. Se han reconocido en las tablillas fragmentos de un tratado de derecho, tablas de los eponi-

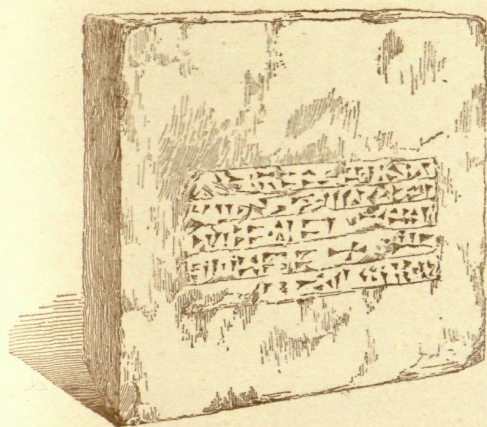


Fig. 603. — LADRILLO BABILÓNICO (0'10 METROS DE GRUESO POR 0'40 DE LADO), EN EL MUSEO DEL LOUVRE

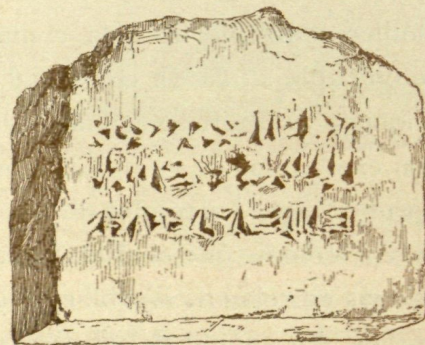


Fig. 604. — LADRILLO ASIRIO DE KHORSABAD (0'12 METROS DE GRUESO POR 0'31 DE LADO), EN EL MUSEO DEL LOUVRE

mos (cónsules), manuales de historia, anales de las ciudades de Nínive y Babilonia, fragmentos mitológicos, restos de colecciones de himnos y de una especie de diccionario geográfico, documentos estadísticos con jerarquías de funcionarios y otros sobre las provincias del imperio con sus producciones é ingresos.

Las ciencias que después de la gramática tienen mayor importancia en la biblioteca son las matemáticas y la astronomía; véanse allí tratados de aritmética y catálogos de observaciones estelares y planetarias. Los astrónomos de la antigua Mesopotamia habían logrado determinar la fecha de los eclipses lunares, la duración muy aproximada del año verdadero con sus cuatro estaciones y dividir la eclíptica en doce partes iguales, lo que les condujo á la construcción astronómica y simbólica del Zodíaco (1).

La civilización del segundo imperio caldeo era hija de la del imperio asirio, con el que el pueblo babilónico



Fig. 605.—LADRILLOS CALDEOS ANTIGUOS EXISTENTES EN EL BRITISH MUSEUM (DE FOTOGRAFÍA)

lónico había hecho vida común durante centenares de años. De nuevo señora de sus destinos, y en envidiable situación comercial, se hizo por segunda vez Babilonia la primera ciudad de su época en riqueza y cultura. Recibía la gran metrópoli los productos de todas las comarcas del Asia y les vendía en cambio los de su peculiar industria. Entre los objetos que fabricaba en grandes cantidades ocupan el primer lugar los tejidos de lana y de lino. En ningún país fabricaban telas y tapices de mayor finura y más vivos colores que en Babilonia. Además construíanse allí con primoroso arte objetos de lujo, tales como armas cinceladas, muebles, joyas, amuletos y cilindros de piedra dura grabados en hueco, que servían de sellos. La capital del imperio caldeo poseía en los tiempos de su prosperidad poderosa marina, cuyos buques atravesaban el golfo Pérsico para llevar á la inmensa ciudad los preciosos productos del Mediodía, de la Arabia y de la India. Si hemos de creer á Estrabón, tenían los babilonios establecimientos comerciales y colonias en aquellos lugares, y Gerrha, una de las más ricas plazas del mundo, era una colonia caldea.

II

MATERIALES, CONSTRUCCIÓN Y DECORACIÓN DE LOS MONUMENTOS CALDEOS Y ASIRIOS

MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN.—De los datos hasta hoy reunidos parece resultar que el arte de la Mesopotamia, si no nació precisamente en Babilonia, debió su principal impulso y su especial carácter á esta ciudad y su comarca. El sistema constructivo de la Caldea y de la Asiria responde perfectamente á

(1) LENORMANT: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*.